

R. P. Fray Jaime Masip O.P.

CATECISMO DE MISIONES



AVILA

Imprenta Católica y Encuadernación de Sirigiano Diaz
Pedro de la Gasca, 6
1922

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM
www.traditio-op.org

«Vista la censura favorable de los RR. PP. Fr. Ricardo M.^a Vaquero y Fr. Raimundo Gutierrez; por nuestra parte, damos licencia para que se imprima el «*Catecismo de Misiones*».

Fr. Julián Rivilla, O. P.
Vicario Provincial.

Nihil Obstat.

Fr. Ricardo M.^a Vaquero, Dr. Theo.
Censor Diocesano.

IMPRIMATUR:

† ENRIQUE, Obispo de Avila.

PROPIEDAD RESERVADA



CATECISMO DE MISIONES

CAPITULO PRIMERO

Qué son las Misiones.

«Nos confiamos que los Pastores sagrados, los Párrocos y todos los predicadores de la divina palabra enderezarán, en el año próximo, sus cuidados y su celo a hacer popular el espíritu misionero.»

Alocución de Benedicto XV. en las fiestas de Navidad de 1921.

1. ¿Qué se entiende por Misiones en la Iglesia católica?—En la Iglesia católica se entiende por Misiones, en sentido propio; *primero*, el envío de personas encargadas de convertir al Catolicismo a los que están

fuera de él: *segundo*, se entiende por Misiones los distintos países ó territorios donde evangelizan los Misioneros, y así decimos: *Misiones de Africa, de Asia, etc.*: *tercero*, llámanse también Misiones los ejercicios extraordinarios de predicación, catequesis, etc. que algunos Sacerdotes dan a los pueblos cristianos, para renovar en ellos el espíritu de Jesucristo. En este Catecismo sólo hablamos de las primeras.

2. ¿Quiénes se llaman Misioneros?—Se llaman Misioneros los Sacerdotes de ambos cleros enviados por sus Superiores a propagar la religión de Jesucristo. También se llaman Misioneros los Hermanos y Hermanas, de ordinario religiosos, que en las Misiones ayudan a los Sacerdotes en los trabajos apostólicos, ya en los colegios, en hospicios, en hospitales, lazaretos, Santas Infancias, etc., ya también en la enseñanza de la doctrina cristiana a los catecúmenos.

3. ¿Quiénes son los que actualmente trabajan en las Misiones?—Los que actualmente trabajan en las Misiones son miembros pertenecientes a las Ordenes o Congregaciones religiosas, o ya individuos de aquellas Corporaciones llamadas de Misiones Extranjeras, cuyos Socios no ha-

cen los votos religiosos, sino que sólo prometen servir en las Misiones bajo las órdenes de los Superiores de la Corporación o Sociedad de su elección.

4. ¿Son muchas esas Sociedades de Misiones-Extranjeras?—Actualmente no son muchas relativamente al mundo católico y a las necesidades múltiples de las regiones paganas. Pero, en estos últimos años, Dios ha despertado en el pueblo cristiano el casi dormido celo de los católicos, habiéndose fundado asociaciones de Adexteros en Inglaterra, Irlanda y Estados Unidos de Norte América; también en nuestra Patria, gracias al celo con que son secundados los ardientes deseos del Papa por su Eminencia el Cardenal-Arzobispo de Burgos, acaba de establecerse una fundación semejante, que esperamos ha de dar días de gloria a la Iglesia y a España católica, dado el entusiasmo que ha despertado en todas partes, y el apoyo que prestan el Rey y el Gobierno a todos los trabajos de fundamental organización.

5. ¿Los Hermanos y Hermanas auxiliares son religiosos o seculares?—Cuando estos auxiliares son de naciones cristianas, casi todos son religiosos; mas si esos auxiliares se toman de los mismos neófi-

tos, la mayor parte son seculares, aunque también hay indígenas, principalmente del sexo devoto, que pertenecen a alguna Congregación religiosa.

6. ¿En qué ayudan al Misionero los auxiliares?—Los auxiliares de naciones cristianas suelen ser ocupados en colegios, Santas Infancias, hospitales, lazaretos, asilos, talleres, etc. Los indígenas sirven, por lo general, de catequistas, maestros, bautizadores, etc.

7. ¿A qué religiones pertenecen los Hermanos y Hermanas auxiliares?—Los Hermanos, unos son de los llamados de *Obediencia* o conversos en las Ordenes o Congregaciones antiguas; otros son miembros de Asociaciones modernas, como los Hermanos de la Doctrina cristiana, los Maristas, los Marianistas, Salesianos, etc. Las Hermanas, en su inmensa mayoría, pertenecen a institutos modernos de beneficencia, aunque también hay muchas Terciarias de las Ordenes antiguas, habiéndose de añadir no pocas religiosas Terciarias indígenas.

8. ¿Son muchos los Misioneros y auxiliares que actualmente trabajan en las Misiones católicas?—Según la magnífica Carta Pastoral del Emmo. Sr. Cardenal Ar-

zobispo de Burgos (1) ascienden a 12.377 los Sacerdotes misioneros y a 22.573 los auxiliares de ambos sexos; pero, atendido el número de infieles por convertir y los inmensos territorios por evangelizar, este número es desconsoladoramente insuficiente; mucho más si se tiene en cuenta el hormigueo de propagandistas protestantes que ha invadido todas las Misiones del mundo.

9. ¿Cuántos infieles quedan por convertir?—He aquí la estadística que trae la mencionada Pastoral (2): Ochocientos millones de idólatras, doscientos veinte millones de Mahometanos, diez millones de judíos y trescientos millones de herejes y cismáticos. ¡Cifras aterradoras que debieran hacer llorar sangre a los que tenemos el don de la fé!

10. ¿Qué son y qué religiones profesan esa muchedumbre de gentes?—Los herejes y cismáticos son hombres bautizados que, a su manera, creen en Jesucristo; pero están separados de la única Iglesia que Él fundó para salvar a la humanidad.

Los judíos son gente no bautizada que creen en Dios y le adoran según el rito

(1) Carta Pastoral, pág. 158.

(2) Id. pág. 159.

mosáico; pero no reconocen a Jesucristo como Mesías, y por lo tanto no pertenecen a la verdadera Iglesia.

Los Mahometanos también creen en un solo Dios y le dan culto conforme a lo que Mahoma, su único guía religioso, les enseñó, y a quien ellos siguen como a un intérprete indiscutible de la Divinidad.

Los idólatras son gentes que tienen y adoran por Dios a las criaturas, o no admiten más dios que la energía primordial del mundo, en el cual la idea de algo superior se halla como refundida. Entre los idólatras hay infinidad de creencias; todas ellas son, en mayor o menor grado, materialistas, y así adoran a cualquier cosa, hasta los mas inmundos reptiles; sin embargo, todos ellos creen en la vida de ultratumba, y desean poseer una vida futura feliz.

11. ¿Hay algunas religiones predominantes entre los idólatras o gentiles?—Sí las hay y son: el Brahmanismo, el Budismo, el Confucianismo y el Shintoismo. El primero es la religión de los Brahmanes de la India, que admiten un primer principio que se desarrolla en manifestaciones cósmicas indefinidas; en el cual des-

arrollo choca con otro principio opuesto, con el que está siempre en pugna.

Los Budistas tienen por malo toda actividad, y hacen lo posible para perderla, a fin de transformarse en Budas y después en Nirvana; ápice supremo de la inacción y de la impersonalidad. Su principio moral es no matar a ningún viviente, excepto el hombre, porque éste es culpable de pecados en sus primeras metempsicosis.

El Confucianismo es un conglomerado o amasijo de Sabeísmo, Budismo y Taoísmo, que viene a reducirse, en último término, a un panteísmo bastante absoluto.

El Shintoísmo reconoce una fuerza activa universal y primitiva que tiene sus manifestaciones espiritistas, favorables o dañinas para los hombres.

Queda, por fin, el Fetichismo que es la grosera adoración de cualesquiera cosa, aun las más repugnantes, con el fin de aplacar a los genios maléficos. Solamente entre estas gentes degradadas se dan los sacrificios humanos.

Hay además, en China, el culto a los progenitores, que constituye en aquel país el culto más popular y de más raigambre, por cuanto vinculan en él la parte más esencial de la piedad filial; de aquí que,

cuando alguno se hace cristiano, los de su parentela lo persiguen como a un hombre impío y desnaturalizado.

12. ¿Hay fundadas esperanzas acerca de la conversión de los infieles a la Religión de Nuestro Señor Jesucristo?— Sí las hay y muy fundadas: según las noticias que nos llegan de todos los países donde hay Misioneros, parece llegado el tiempo a que se refería Jesucristo cuando decía á los Apóstoles: Levantad la cabeza *quia appropinquat redemptio vestra* (1), añadiendo en otra parte: «Mirad que las campiñas blanquean ya, y las mieses están listas para la siega; rogad al Señor de las mieses que envíe operarios a su campo, porque la mies es mucha y los operarios pocos (2).

En China especialmente, desde hace unos veinte años, se nota una avidez verdaderamente extraordinaria por acercarse al Misionero católico, pidiéndole les muestre a Jesús, lo cual hacen no ya a escondidas y en casos aislados, sino pueblos enteros, cosa nunca vista ni oída en aquel país. Aun las autoridades y el gobierno

(1) Luc. Cap. 21, vers. 28; 1.

(2) Joann, Cap. 4, vers. 35 y Luc. 10; 2.

manifiestan grandes simpatías por la Religión Católica y confiesan ser la única capaz de traer a los pueblos la verdadera paz. Si hubiera allí suficientes misioneros y abundancia de medios, bien se puede afirmar que no bajarían de un millón los bautismos anuales.

Los catecúmenos en vías de ser bautizados ascienden actualmente a 387.670; los cristianos llegan a dos millones; los infieles son unos cuatrocientos millones, y los Sacerdotes para tan gran multitud de gentes son únicamente dos mil trescientos sesenta (2.360). Triste realidad que debiera conmover a todo corazón que de cristiano se precie. ¡Ah! ¡con cuán pequeño sacrificio podrían los cristianos aumentar la grey de Jesucristo! Aquí viene bien aquello de San Juan: «Si alguno posee bienes de este mundo, y viendo a su hermano en necesidad, cerrase sus entrañas para con él ¿cómo podrá decir que tiene la caridad de Dios?» (1).

13. ¿Quién instituyó las Misiones católicas?—Nuestro Señor Jesucristo, que quiere se salven todos los hombres (2).

(1) 1.^a S. Joann, Cap. 3, vers. 17.

(2) 1.^a ad Thim., Cap. 2, vers. 4.

¿Cuándo instituyó Jesucristo las Misiones?—Jesucristo instituyó las Misiones primeramente, cuando durante su vida evangelizadora, envió sus discípulos a predicar el reino de Dios a los judíos. (1) En segundo lugar, cuando antes de subir al cielo, mandó a los Apóstoles que fueran a predicar el Evangelio a todas las gentes y por todo el mundo, prometiéndoles su divina asistencia hasta el fin de los siglos. (2) Por eso los llamó Apóstoles, que quiere decir enviados (3).

14. ¿Cuáles son los fundamentos teológico—católicos de las Misiones en la Iglesia?—El primer fundamento teológico—católico de las Misiones es la *Misión* que el Eterno Padre confió a su Divino Hijo, (4) enviándole a este mundo a redimir la humanidad esclava de la muerte, del pecado y de Satanás. Por eso Jesucristo, muchísimas veces, dijo que su Padre le había enviado y que Él hacía la voluntad de Aquel que le había enviado (5).

(1) Math., Cap. 10, vers. 5 et Luc. Cap. 10, vers. 1.

(2) Math., Cap. 28, vers. 18.

(3) Luc., Cap. 6, vers. 13.

(4) Joann, Cap. 17, vers. 18.

(5) Joann, Cap. 6, vers. 38.

El segundo fundamento es la *Misión* que el Padre y el Hijo hicieron del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles, para que éstos misionaran con la virtud del Espíritu de Dios, y nadie pudiera oponerse a la Misión Apostólica, y fuera ésta de tanta eficacia que trasladase de la muerte a la vida a la humanidad sumergida en las tinieblas de la muerte. De la misma manera que el Espíritu de Dios fecundó el caos primitivo, así la predicación apostólica infundió el espíritu de vida en el caos de muerte en que se hallaba sumergida la humanidad pagana, haciendo que reinara la vida donde antes campeaba la muerte, y que florecieran todas las virtudes en los corazones que habían sido madriguera de todos los vicios.

El tercer fundamento, ya antes indicado, es la Misión encargada por Jesucristo a los Apóstoles, alegando para ello, que El tenía plenos poderes en el cielo y en la tierra. Por eso, desde el cielo les envió el Espíritu Santo, para que les enseñase toda verdad y los revistiese de la virtud divina, a la cual nadie pudiera impunemente resistir. (1) Pues, como dijo el mismo Jesucris-

(1) Luc., Cap. 24, vers. 49.

to, todos los que chocaren contra esta piedra serán desmenuzados, y las puertas del infierno jamás prevalecerán ni triunfarán contra la Iglesia. (1) El cuarto fundamento es la Misión que los Apóstoles transmitieron a los Obispos, sus Sucesores, fundados en la autoridad que el mismo Jesucristo les diera, cuando les dijo: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros»; el que os oyere, a mí me oye; el que os desprecie, a mí me desprecia, y el que me desprecia a mí, desprecia a Aquel que me envió. (2) Por lo tanto los Apóstoles tenían autoridad para enviar a predicar, como ellos habían sido enviados por Jesucristo. (Act. 10. 42.) Por eso San Pablo, hablando a los Obispos de Efeso, les decía: que habían sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; y bien sabido es que aquellos Obispos habían sido puestos por los Apóstoles; luego estos tenían poderes divinos para instituir Obispos, que eran y son los Misioneros de derecho divino con

(1) Math., Cap. 21, vers. 44 et Cap. 16, vers. 18.

(2) Luc., Cap. 10, vers. 16 et Joann, Cap. 20, vers. 21.

facultad para enviar a otros. Esto mismo encarga San Pablo a su Discípulo, el Obispo S. Tito, cuando le dice: «La causa por qué te dejé en Creta es para que arregles las cosas que faltan, y establezcas en cada ciudad presbíteros (Obispos) conforme yo te prescribí. (1) Lo cual recomienda también a S. Timoteo, cuando le dice: «Las cosas que me has oído delante de muchos testigos, confíalas a hombres fieles, que sean idoneos para enseñarlas también a otros.» (2) Otro fundamento, comprendido en los anteriores, es que Dios ha decretado salvar a los hombres, valiéndose de los mismos hombres, como de instrumentos: por eso se hizo Hombre. De ahí es que S. Pablo confiadamente decía: «Somos legados de Cristo; somos Ministros de Dios; somos buen olor de Cristo, para que todos obedezcan a la fe» (3) Y añade el Apostol: «¿cómo predicarán, si no son enviados?» (4) Nadie, añade,

(1) Ad Tit., Cap. 1, vers. 5.

(2) Ad Thim., Cap. 2, vers 1.

(3) 2.^a ad Cor., Cap. 5, vers. 20., Cap. 11, vers. 20.,-Cap. 2, vers. 15 et Ad Rom., Cap. 1, vers. 5.

(4) Ad Rom., Cap. 10, vers. 15.

se arroga para sí este honor; sino que debe ser llamado como Aarón. (1) En otra parte dice: Dios nos eligió para que fuéramos ministros de Cristo (2).

15. ¿Qué se infiere de lo dicho?—Se infiere primero, que la Iglesia de Jesucristo tiene poderes divinos para establecer Misiones en todo lugar, en todo tiempo y para toda clase de gentes, según lo juzgare conveniente a la salvación de los hombres. Segundo, que nadie puede arrogarse el oficio de Misionero, sin ser enviado por la legítima autoridad de la Iglesia. Tercero, nadie puede lícitamente oponerse a este derecho divino de la Iglesia. Cuarto, se infiere que la Iglesia no sólo tiene derecho a procurar la conversión de los infieles, sino que, además, le incumbe esta obligación impuesta a élla por Jesucristo. Por eso decía S. Pablo; ¡Ay de mí si no evangelizare! (1.^a ad Cor. IX, 16.)

16. ¿Ha cumplido la Iglesia con la obligación de promover la conversión del mundo a Jesucristo?—La ha cumplido siempre con la mayor perfección; pues ya en los Hechos Apostólicos leemos que en

(1) Ad Hebr., Cap. 5., vers. 4.

(2) Ad Gal. Cap. 2, vers. 8.

Antioquía, por orden expresa del Espíritu Santo, la Iglesia envió a misionar a S. Pablo y a S. Bernabé. Luego los Apóstoles enviaron a Francia a S. Dionisio, y a España siete discípulos de Santiago. S. Pablo también envió varios discípulos a las regiones de Grecia y del Asia menor.

En los siglos siguientes envió la Iglesia Misioneros a Germania, Bohemia, Hungría, Inglaterra, Escocia, Irlanda, etc. y en el siglo trece al Africa, a Rusia, a la Persia, a Mongolia, hasta a la China. Luego, cuando el descubrimiento de las Indias, así occidentales como orientales, envió la Iglesia verdaderos ejércitos de misioneros que, a no haber aparecido el Protestantismo, ciertamente hubieran convertido al mundo entero, como lo prueba Balmes.

Entonces fué cuando la Iglesia, para atender mejor al cuidado de las Misiones estableció en Roma, el año 1622, una Congregación especial, a cuya dirección están subordinadas todas las Misiones. En nuestros tiempos, ha establecido otra que cuida de todas las Iglesias y misiones del rito oriental. Esta Congregación tiene actualmente bajo su dirección 6 Patriarcados, 23 Arzobispados, 51 Diócesis, 6 Vicarias Apostólicas y más de siete millones de fieles.

La Congregación de Propaganda dirige las cristiandades de 41 países con nueve Legaciones, 28 Arzobispados, 57 Obispados, 181 Vicarías Apostólicas, 69 Prefecturas, 2 Abadías *nullius* y 13 Misiones no declaradas Prefecturas (1).

17. ¿Qué credenciales tienen los Misioneros para ser creídos de los infieles como anunciadores de la palabra de Dios?—Los Misioneros católicos, además de la legítima comisión de la Sta. Sede, tienen las credenciales de la verdad que enseñan, la rectitud en procurar únicamente, sin ningún interés terreno, la salud eterna de los que los escuchan, la pureza intachable de su conducta, el ejercicio de las obras de misericordia en todas sus manifestaciones cristianas, el sacrificio voluntario de todas las comodidades terrenas y aun de su misma vida, en caso necesario: todo esto mueve grandemente a los infieles y los atrae hacia el Misionero, como en otro tiempo atraía Jesucristo a las turbas de Judá, que decían de Él: *nunca hombre alguno habló como éste, todo lo ha hecho bien*. Porque como el alma es naturalmente cristiana.

(1) Carta Pastoral del señor Arzobispo de Burgos, pag. 128--150--185..

según frase de Tertuliano, «los infieles olfatean con sagacidad instintiva los intereses legítimos ó bastardos de los predicadores (1).

18. ¿Bastará ésto para que se conviertan los infieles?—Por parte del Misionero seguramente que basta, especialmente si acompaña todo lo dicho con la oración; porque Jesucristo dijo que sus ovejas oyen su voz. (2) Por eso San Pablo decía a los recién convertidos de Galacia: «que le habían recibido como al mismo Cristo, y que se hubieran dejado sacar los ojos por el amor que le habían cobrado. (3) Es tan grande y tan patente el contraste de la doctrina y moral evangélicas con el modo de pensar y obrar de los gentiles, que los sencillos, los desamparados y los perseguidos, instintivamente, se arrojan en los brazos de la Iglesia como el niño en el regazo de su madre.

Preguntaba en China un Mandarín a cierto Misionero ¿por qué todo el mundo acudía a la iglesia? El Misionero le contestó: porque vosotros los empujais.

(1) Bend. XV, Maximum illud.

(2) Joann., Cap. 10, vers. 27.

(3) Ad Gal. Cap. 4, vers. 14.

Maravillado el Magistrado le respondió: —No entiendo.—Sencillamente, replicó el P. Misionero; porque la gente está ávida de justicia, y en ninguna parte la encuentra más que en la iglesia. Tiene V. razón, concluyó el Mandarín, aunque él no se convirtió. Le sucedió a ese caballero lo que a los Fariseos o sus delegados, que dijeron a Jesucristo que enseñaba la verdad sin miras bastardas, y no creyeron porque sus corazones no eran rectos.

19. Jesucristo y los Apóstoles hacían milagros y el Misionero no: ¿cómo le creerán los gentiles?—Es verdad que Jesucristo y los Apóstoles hacían milagros; pero también lo es que nuestro Señor reprendía a los Judíos porque no buscaban la doctrina, y San Pablo decía a los Corintios que se había presentado ante ellos con temor y flaqueza. (1) También es cierto que ha habido Misioneros que han hecho milagros, como San Francisco Javier y San Luis Beltrán, y aun hoy día se sirve Dios de los Misioneros y de los mismos neófitos para reprimir el poder y las manifestaciones diabólicas del espíritu infernal.

Además la palabra de Dios predicada

(1) 1.^a Ad Cor., Cap. 2, vers. 3.

con el Espíritu que la inspiró, es como un martillo quebrantador de las peñas; (1) como voz de trueno que arranca cedros corpulentos; (2) como fuego abrasador, (3) como espada de dos filos que penetra hasta el espíritu, cautivando las inteligencias en obsequio de la fe de Jesucristo; y es, finalmente, como rocío suavemente fresco que fecunda los corazones de los hombres (4). Sobre todo está la promesa de Jesucristo; de que los hombres oirán la voz de sus Apostóles como a El mismo (5) y que les daría palabras a las que no podrían resistir todos sus adversarios (6). Por eso San Pablo decía a los convertidos: que lo habían recibido como al mismo Cristo, y a su palabra, como a palabra de Dios. (7).

A un Chino, que era un rústico labriego, objetaba el maestrillo protestante que los Padres misioneros católicos no podían perdonar los pecados, por ser esto propio

(1) Jer. Cap. 23, vers. 29.

(2) Psalm. 28, vers. 5.

(3) Jer. Cap. 23, vers. 29, et Psalm. 118, vers. 140.

(4) Isaías Cap. 55, vers. 10.

(5) Joann Cap. 15, vers. 20.

(6) Luc., Cap. 21, vers. 15.

(7) 1.^a ad Cor., Cap. 4, vers. 1, Ad. Gal. Cap. 4, vers. 14 et Ad. Tesal. Cap. 2, vers. 13.

de Dios. El católico chino le respondió sin vacilar; si entre Uds. el bautismo perdona los pecados; ¿por qué nuestro Sacramento de la penitencia no ha de poder perdonarlos? ¿Quién enseñó al cristiano chino tan adecuada respuesta?

20. ¿Son los Misioneros dirigidos, en sus ministerios apostólicos, inmediatamente por la Santa Sede?—No señor: la Santa Sede tiene en todas las Misiones sus representantes que cuidan y gobiernan la Misión a la manera que los señores Obispos cuidan y gobiernan sus Diócesis. Estos representantes, unos son simplemente Superiores de Misión sin título especial, otros tienen el título de Prefectos Apostólicos, otros, y son los más, con la denominación de Vicarios Apostólicos, que son Obispos consagrados con título de iglesias antiguas que no existen en la actualidad. Estos últimos tienen la misma jurisdicción eclesiástica en sus Misiones, que los Obispos en sus Diócesis, a los Prefectos Apostólicos, competen las mismas facultades que a los Vicarios Apostólicos, en lo que no exige carácter sagrado episcopal. (1) Los Misioneros, en sus ministe-

(1) Canon 294.

rios de almas, están en todo bajo la jurisdicción y gobierno de estos superiores eclesiásticos.

21. ¿Cómo están organizadas las Misiones?—Las Misiones, en general, están organizadas en Vicarías o Prefecturas-Apostólicas a la manera de Diócesis en el período de formación, *in fieri*, hasta que la prosperidad, regularidad y seguridad de las mismas permita a la Santa Sede declararlas Diócesis ordinarias. Cada Vicaría, Prefectura o simple misión están divididas en distritos o regiones semejantes a los arciprestazgos de España; estos distritos se subdividen en casi-parroquias o misiones no bien formadas; las casi-misiones, o misiones en formación, abarcan varias cristiandades o administraciones. En cada misión o casi-parroquia hay uno o varios misioneros, cuando es posible, que hacen todas los oficios propios de los Párrocos, además de procurar la conversión de los infieles.

22. Según esto: ¿tiene el Misionero las mismas obligaciones que los Curas-Párrocos?—Las obligaciones del Misionero, en las casi-parroquias, son las mismas y aun mayores que las de los Curas-Párrocos, si se exceptua la aplicación de la Misa *pro-*

populo, que sólo les obliga en Navidad, Reyes, Pascua, Ascensión, Pentecostés; Corpus Christi, Asunción, Inmaculada, San José, San Pedro y San Pablo y el día de Todos los Santos. (1) Véase la Instrucción de la C. de Propaganda, 25 Julio 1920.

23. ¿Por qué dice V. que los Misioneros tienen mayores obligaciones que los Párrocos? — Porque los Misioneros tienen que formar en su territorio la Iglesia de Jesucristo, lo cual supone mayor trabajo y celo que el cuidar de lo ya formado. Así San Pablo gemía, diciendo a los recién convertidos de Galacia: «Hijitos míos, por quienes segunda vez padézco dolores de parto, hasta formar enteramente a Cristo en vosotros» (2).

24. ¿Qué espíritu debe informar al Misionero en sus trabajos apostólicos? — La misma palabra *apostólicos* lo indica; mas, como la voz del Papa es la voz de Dios, plácenos con todo acatamiento copiar las celosas enseñanzas del Santo Padre de las Misiones, nuestro amadísimo Benedicto XV.

«Sea, dice el Sumo Pontífice, el princi-

(1) Canones 306-451 2.º y 466

(2) Ad Gal., Cap. 4 vers. 19.

pío y base de todo, que procureis, desde luego, formaros cabal concepto de la sublimidad de vuestra misión, la cual debe absorber todas vuestras energías; misión verdaderamente divina, cuya esfera de acción se remonta muy por encima de todas las mezquindades de los intereses humanos...» Más adelante añade; «el misionero debe ser dechado de todos por la humildad, obediencia, pureza de costumbres, señalándose sobre todo por su piedad, espíritu de unión y trato continuo con Dios» (1).

El que intente ir a Misiones con otro espíritu, mejor es que se quede en su tierra, porque hará mas daño que provecho; si es que no se pierde a si mismo. San Pablo decía: *Auditus per verbum Christi*: esto es, la fe se engendra por la palabra de Cristo, y el que lleva otras intenciones, no predica el *Verbum Christi*, sino cualquier otra cosa. Lo cual no hacía el Santo Apostol, que confiesa de sí haber dado a los oyentes lo que él había recibido y que no se predicaba a sí mismo, sino a Jesucristo y este Crucificado (2). Por lo mismo, dice

(1) Maximum illud.

(2) Ad. Rom., Cap. 10, vers. 17, 1.^a, ad. Cor., Cap. 11, vers. 23.

a los fieles, en la segunda a los Tesalonicenses, Cap. 2, vers. 13, *accepistis illud* (la predicación) *non ut verbum hominis, sed sicut est vere verbum Dei*. En resumen, el Misionero debe anunciar al Evangelio *in simplicitate cordis et in sinceritate Dei, coram Deo et in Christo* (1).

25. ¿Por qué exigís esas condiciones en el Misionero?—Porque la grandiosa obra de su oficio así lo pide. El Misionero debe sacar los pueblos del error y de la muerte, alumbrándolos con la luz de Jesucristo y regenerándolos en la vida sobrenatural de Dios; debe ingertarlos en Cristo, debe comunicarles la santidad a que todo discípulo de Cristo es llamado, debe, en fin, llevarlos a la vida eterna.

Todo esto fué mostrado a San Pedro en la visión que tuvo en la azotea de la casa de Simón, el curtidor, en Jope, cuando se le ordenó que matara y comiera de todos los bichos inmundos contenidos en el lienzo misterioso que vió bajar del cielo (2). De la manera que el que come alguna cosa la va trasformando en su propia sustancia, así el Misionero debe convertir en otros Cris-

(1) 2.^a ad. Cor., Cap. 2, vers. 17.

(2) Act. Cap. 10, vers. 13.

tos los corazones de los gentiles que, como animales inmundos, se sumergen en el fango de sus pasiones y concupiscencias. Y ya se comprende que para tamaña obra hace falta la virtud divina que, ordinariamente, se comunica a los hombres mediante el ministerio sagrado de la palabra de Dios. A este propósito San Pablo decía: *Imitatores mei stote, sicut et ego Christi* (1).

26. Según esto ¿nunca podrá el Misionero inmiscuirse en asuntos extraños a su ministerio apóstolico?—Ciertamente: a no ser forzado por la caridad, y aún entonces debe portarse con suma prudencia para no comprometer los intereses de Jesucristo y de su Iglesia (2).

En los ratos libres del ministerio, puede el Misionero ocuparse útilmente en escribir relaciones de todo lo referente a sus misiones, modo de ser de las gentes del país, sus costumbres religiosas y sociales y, en fin, de todo lo que pueda dar mejor a conocer el pueblo o país en que misiona. También puede ocuparse en las artes de adorno, especialmente en la fotografía para ilustrar sus relaciones, en las ciencias

(1) 1.^a ad. Cor , Cap. 4, vers. 16.

(2) 2.^a ad Thim. Cap. 2, vers. 4.

naturales, en la literatura, etc. con tal que siempre anteponga lo referente al propio ministerio, como son la Sagrada Escritura, la Teología, la moral, la pastoral, la liturgia, etc.

27. ¿Qué dificultades y trabajos tiene que soportar el Misionero en su vida apostólica?—Muchísimos; y no es de los menores el extenso territorio que ordinariamente está a su cargo, principalmente en las misiones nuevas donde son pocos los operarios. En segundo lugar, la vida es pesadísima en la mayor parte de las misiones. Cuando el Misionero está en su casa, si la tiene, se ve precisado a vivir pobremente, aislado muchas veces de todo consuelo humano y a gran distancia de sus compañeros de trabajo; viéndose raras veces al año para confesarse, consolarse y aconsejarse mutuamente en sus frecuentes dudas y compromisos.

En los viajes, unas veces a pie, otras a caballo, otras en barquichuelos de mala muerte o en otros vehículos bien primitivos y molestos, tiene que sufrir las impertinencias y hasta las insolencias de los curiosos; albergarse en tugurios asquerosos y destartalados, donde no encuentra más comida que repugnantes comistrajos,

ni más cama que unas tablas o el santo suelo con abrigos haraposos y sucios; siendo molestado durante el sueño, si es que llega a pegar los ojos, por asquerosos bichos, alimañas, sabandijas y roedores atrevidos.

En los caminos, donde los hay, frecuentemente tiene que trepar por empinadas cuestas, atravesar valles profundos, pasar puentes-maromas, vadear rios peligrosos, etc., todo esto, a veces, bajo soles abrasadores, o tormentas deshechas, o hielos glaciales, y expuesto a las sorpresas de alguna fiera sangrienta o de desalmados bandidos. En verdad, que en los Misioneros, frecuentemente se cumple aquello de San Pablo: *intus timores, foris pugnae*: peligros en los caminos, en los rios, en los mares, entre gentes pérfidas (1).

En llegando a las casas, chozas o cuevas de sus neófitos tiene que hacerse todo para todos y vivir como uno de ellos, sufriendo incomodidades sin cuento, venciendo repugnancias melindrosas, comiendo lo que la pobreza de los mismos les permite ofrecer y durmiendo peor que un cartujo. Allí pasa los dias o temporadas necesarios para

(1) 2.^a Ad Cor., Cap. 11, vers. 26.

instruir, exhortar y preparar a sus cristianos para la digna recepción de los Sacramentos; celebra la santa Misa en portalitos más pobres que el de Belén, o al aire libre, o en chozas improvisadas o en barquichuelos destartalados; organiza escuelas y catequesis; examina los catecúmenos y los niños; arregla caritativamente las pendenencias entre los neófitos, en fin, allí es el Misionero un verdadero Padre que poco a poco va formando sus hijos en Cristo.

28. Sobre esta vida ordinaria del Misionero ¿no hay otras dificultades en las Misiones?—Entre las dificultades numerosas que abruman al Misionero, hay dos que le llegan muy al corazón, porque contra esas se estrellan todos sus generosos esfuerzos y entusiasmos de apóstol. Es la primera la falta de recursos para sostener obras de propaganda, como son escuelas, catequesis, orfanotrofios, etc., etc. Muchas veces la red, pescadora de almas, se le llena y, por no poder atender a la instrucción, se le escapan la mayor parte de ellas, partiéndose la suya de dolor; a veces ni siquiera puede tener un maestro decente para instruir a los niños de los convertidos...

Otra dificultad, aneja a la anterior, es el

proselitismo protestante que ha invadido todas las Misiones católicas a manera de nube de langostas, según la visión de San Juan en el Apocalipsis.

Ellos «oponen a la labor del pobre y abandonado Misionero católico las riquezas, el prestigio, la autoridad y el personal desbordante; la facilidad de comunicaciones, las grandes vías comerciales de naciones como Inglaterra y los Estados Unidos, y el frenesí, llamémoslo así, de expansión de secta que de varios años a esta parte, ha invadido a las Potencias protestantes» (1).

«Ellos con los medios deslumbradores de colegios, dispensarios, médicos, farmacias gratuitas, hospitales, imprentas, etcetera etc., atraen hacia sí, si no el corazón de los gentiles, al menos sus ansias de civilización y de adquirir bienes terrenos, con cuyos lazos los tienen alejados del buen camino, haciendo que los hombres fluctuen entre la verdad y el error, entorpeciendo con esto los esfuerzos del Misionero católico». ¡Cuánta verdad es que los hijos de

(1) Carta Pastoral del Cardenal Benlloch, pág. 160.

las tinieblas son más sagaces en sus cosas que los hijos de la luz en las suyas!

Sólo en los Estados Unidos tienen los protestantes «235 sociedades para promover los intereses del proselitismo»: para ello disponen de unos diez millones de rédito anual y hacen propaganda universal, desde las escuelas de párvulos de ambos sexos, hasta las Universidades y grandes empresas comerciales. En sus misiones tienen unos seis millones de adeptos; sus misioneros extranjeros y nativos ascienden a 12.710, los médicos auxiliares 800, otros no médicos 4.506, misioneras solteras 5.732, catequistas 105.954, los colegios, escuelas, etc., etc. son de una proporción aterradora, comparados con los similares de las misiones católicas (1). Por fin, «en nuestros días, la principal barrera y dique que se opone a la fecunda expansibilidad de la Esposa de Jesucristo es la labor misionera del protestantismo» (2).

29. ¿Cómo podrá el Misionero católico neutralizar esa fuerza enorme desplegada por la actividad y riquezas protestan-

(1) Pablo Manna. La conversione del mondo infidele, pág. 119.

(2) Carta Pastoral, pag. 166.

tes?—Primeramente, claro está, que ha de ser con la virtud de lo Alto, que, como dice San Pablo, viste a los suyos no con armaduras carnales, sino espirituales, poderosas para destruir todas las trincheras de los contrarios (1). Pero la Providencia Divina, que abarca fuertemente todos los extremos y dispone suavemente todas las cosas, siempre se ha valido del hombre para salvar al hombre, aplastando de esta manera a Lucifer con sus mismas armas; es preciso que los católicos nos unamos todos en apretado haz bajo la dirección de los Pastores de la verdadera Iglesia, formando, extendiendo y aumentando las asociaciones auxiliadoras de las misiones; que Dios hará que produzca más abundante fruto el céntimo del católico que el millón del protestante. Mas, si nos dormimos sobre los laureles de nuestros Padres en la fe, el *inimicus homo* lo sembrará todo de pestífera cizaña, ahogando en germen la semilla sembrada por el Misionero católico.

«No conviene dormirse, nos dice el celosísimo señor Cardenal, Arzobispo de Burgos; los medios de que el protestantis-

(1) 1.^a Ad Cor., Cap. 2, vers. 4.

mo dispone, son de irresistible efecto, si no para hacer labor de tracción íntima y sentida, sí para destruir y desorientar la mente del mundo pagano» (1).

En cierta región de China, en donde los protestantes tenían 32 catequistas y el Misionero católico solamente *dos*, seis de aquellos se ofrecieron al servicio del catolicismo, porque, decían ellos, vemos claro que sólo aquí está la verdadera salud del alma; únicamente pedimos, añadieron, que se nos remunere en el oficio, a lo menos, como los protestantes. El Misionero, falto de recursos, les respondió que buscasen primero el reino de Dios, que en lo demás Dios proveería. Dura les pareció la prueba, y cabizbajos se fueron para no volver más.

30. ¿Cómo podrá el Misionero soportar tan grandes trabajos, dificultades y contradicciones?—Muy bien lo soporta todo el Misionero católico, a trueque de arrancar un alma de las garras de satanás y llevarla al seno de Jesús. En el Misionero, informado del espíritu de Jesucristo, se cumple perfectamente lo que de sí dice San Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum*, y añade:

(1) Carta Pastoral, pág. 169.

non ego, sed gratia Dei mecum. (1) He aquí la principal raíz de la fuerza resistente del Misionero católico contra todas las flaquezas humanas; aquí se embotan todas las astucias diabólicas, y rebotan los dardos encendidos del enemigo. En ellos, esto es en los Misioneros, se cumple muy bien lo que Jesucristo dijo a su Apóstoles: *Non relinquam vos orphanos*, (2) y con tal Compañía todo se les hace fácil y llevadero, y hasta experimentan el *repletus sum gaudio, superabundo letitia in omnibus tribulationibus meis*, que decía San Pablo (3).

Además, el consuelo de regenerar almas para Jesucristo, y enviar al cielo un sin número de almas de párvulos, es tan profundo, tan grande y tan arrobador, que no lo cambiarían por nada de este mundo. Les sucede lo que Jesucristo decía a sus Apóstoles: que la tristeza se les mudaría en un gozo que nadie les podría quitar (4).

31. ¿Podría V. explicarme un poco más el fruto que los Misioneros sacan de sus trabajos?—Además de la conversión del

(1) 1.^a Ad. Cor., Cap. 15, vers. 10.

(2) Joann, Cap. 14, vers. 18.

(3) 2.^a Ad. Cor., Cap. 7, vers. 4.

(4) Joann, Cap. 3, vers. 16, 21.

mundo antiguo, los Misioneros cuidan actualmente de más de *veinticinco millones* de almas; envían al cielo anualmente cerca de medio millón de almas de niños, hijos de infieles; bautizan en todo el mundo cerca de un millón de adultos y unos dos millones de párvulos, hijos de cristianos; instruyen unos tres millones de catecúmenos y unos seis millones de niños y niñas en las escuelas; cuidan de 1.594 casas de beneficencia con las Santas Infancias, donde se crían y educan las criaturas de los gentiles que sobreviven al bautismo.

Añádase a lo dicho que el Misionero es el único, se puede decir, civilizador moral de los pueblos que viven a estilo de bestias, o poco menos, como los habitantes de Alaska, del centro de los Andes, los Patagones, los Hotentotes, los Cafres, los Negritos de Filipinas y de las Islas oceánicas. Aun en las naciones semicivilizadas, los Misioneros influyen grandemente en la moralización de la conciencia social, que en esos países no cristianos, es un mero barniz de hombría de bien, una verdadera hipocresía moral, sólo mantenida por el temor del daño que a los desmanes se sigue; porque en esos países, como no hay conciencia represiva, la venganza del ofen-

dido y la vindicta pública son terribles e inexorables.

CAPITULO SEGUNDO

De la formación del Misionero.

32. ¿Qué es lo que primero se requiere para la formación del Misionero?—Lo primero que para la formación del Misionero se requiere es la vocación de Dios, según aquello de Jeremías: *Dabo vobis pastores juxta cor meum*; (1) lo que dijo Jesucristo a los Judíos: *Ecce ego mitto ad vos prophetas*, (2) y lo que el mismo Jesucristo dijo a los Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (3). En San Marcos se dice que Jesús llamó a los que Él quiso para enviarlos a predicar (4).

33. ¿Por qué se requiere la vocación de Dios para el ministerio apostólico? ¿no basta la designación de los Superiores eclesiásticos?—La designación de los Superiores eclesiásticos no da el espíritu inte-

(1) Jer., Cap. 3, vers. 15.

(2) Mth., Cap. 23, vers. 34.

(3) Joann., Cap. XX, vers. 21.

(4) San Mar., cap. III, 13 y 14.

rior de la vocación, sino que la supone; porque el origen de la vocación ha de ser divino, como lo reconocieron los Apóstoles, cuando al tratar de nombrar un sustituto en lugar de Judas, pedían a Dios que mostrase a quién prefería de los dos que habían sido propuestos por la asamblea apostólica (1). Y la Iglesia, desde entonces, antes de imponer las manos de la consagración a sus ministros, ha hecho que vaya siempre precedida de la oración y del ayuno, a fin de acertar en la elección de los que han de dispensar los misterios de Dios.

34. ¿No podría V. explicarme más esta doctrina?—La propagación de la fe cristiana, dice el Papa Benedicto XV, es toda ella obra exclusiva de Dios; porque de Dios sólo es el penetrar los corazones para derramar en ellos la luz de la ilustración divina y para enardecer la voluntad con los estímulos de las virtudes, a la vez que presta al alma las fuerzas sobrenaturales, con las cuales pueda corresponder y efectuar lo que por la luz divina comprendió ser bueno y verdadero».

«De donde se ve que, si el Señor no

(1) Act., Cap. 1.º, ver. 26.

auxilia con su gracia a su ministro, quedará éste condenado a la esterilidad» (1).

En todas las cosas los medios han de ser proporcionados al fin que se pretende; de lo contrario, no sólo será imposible conseguir el fin apetecido, sino que los medios empleados sufrirán en si mismos detrimento. Como si uno con una palanca endeble quisiera levantar un peso enorme, sólo conseguiría hacer pedazos la palanca. Siendo, pues, la conversión de los corazones humanos a Dios obra divina, porque, según dice Jesucristo: *Nemo venit ad me nisi Pater qui misit me, traxerit eum*, (2) es evidente, que sin la ayuda de Dios, no es posible mover un solo corazón de modo que se convierta de veras. Y ¿cómo podrá esperar la ayuda de Dios el intruso en su divina obra, aquel a quien puede decir el Señor: *quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (3). Estos que quieren ser misioneros sin la vocación divina, son aquellos falsos profetas de quienes dice el Señor por el Profeta Jeremías: *Falsamente vati-*

(1) Max. illud.

(2) Joann, Cap. 6, vers. 14.

(3) Salm. 49, vers, 16.

cinan en mi nombre; no los envié, ni se lo mandé, ni hablé a ellos (1).

35. ¿Entonces cómo es que Jesucristo dijo a sus discípulos que no prohibiesen predicar a uno que no iba con ellos (2) y San Pablo se alegraba de cualquier modo que fuese Cristo anunciado? (3) Santo Tomás dice que nos podemos alegrar del bien hecho por los malos, pero no de su mala intención. Dos son principalmente los efectos o frutos de la predicación; uno el conocimiento de la verdad cristiana; otro, la reconciliación del hombre con Dios. El efecto primero bien se puede conseguir por medios humanos, si el que anuncia la palabra divina no la adultera con errores. Eso es lo que Jesucristo y San Pablo permitían, como lo manifiesta lo que el Señor respondió diciendo: *Qui non est adversus vos, pro vobis est* (4). San Pablo dice también; con tal que se anuncie a Cristo, me alegro; aunque los contrarios lo hicieran por envidia (5). Mas el segundo

(1) Jerem. Cap. 14, vers. 14.

(2) Mar. Cap. 9, vers. 37.

(3) Ad. Phil, Cap, 1, vers. 18.

(4) Marc., Cap. 9, vers. 39

(5) Ad. Phil., Cap. 1, vers. 15.

fruto no se conseguirá por sólo anunciar la verdad, sin la unción del Espíritu Santo, que no da Dios a los que Él no llama. Por eso el Apostol echa en cara a los sabios de este mundo que aprisionaron la verdad por no glorificar a Dios, y que se desvanecieron en pensamientos, corrompiéndose en toda clase de inmundicias (1). Añade San Judas, que aun en las cosas naturales se convirtieron en bestias (2).

En resumen; el Espíritu de Dios es el motor vivo que impulsa a sus ministros, los cuales, según la simbólica visión de Ezequiel, van y vienen a manera de relámpagos a impulsos del Espíritu (3). Por consiguiente, es temerario entrometarse en la obra por excelencia de Dios, sin ser movidos por Él. De ahí es que se queje el mismo Dios por boca de Jeremías, diciendo: *Yo no los enviaba, y ellos corrían* (4).

36. ¿Qué se entiende por vocación para Misionero?—La vocación para Misionero es una piadosa, desinteresada y constante inclinación a dedicarse a las misio-

(1) Ad. Rom., Cap. 1, vers. 21.

(2) Judae., vers. 10.

(3) Ezeq., Cap. 1, vers. 17.

(4) Jer., Cap. 23, vers. 21.

nes por amor de Dios y de las almas. Para esto tuvo Jesucristo tres años en probación a sus discípulos, formándolos, poco a poco, en el espíritu apostólico, y aún así, al subir al cielo, les encargó que se estuvieran quietos en la ciudad hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo Alto. Entonces, añadió, sereis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los últimos fines de la tierra (1).

37. ¿Cómo podrá uno conocer si tiene o no vocación de Dios?—San Pablo dice que de nada le remordía la conciencia, pero no por eso se daba por justo; no obstante, la conciencia pura y la fe sincera son signo de la justificación. Así, la inclinación recta, sincera y acompañada de buena conducta es signo manifiesto de la vocación de Dios, con tal que uno se subordine al juicio de la Iglesia; (1.^a de San Juan, cap. 4.^o, vers. 6.) al modo como lo hizo San Pablo, quien a pesar de estar cierto de su vocación divina, fué a Jerusalén a conferir con los Apóstoles, pública y oficialmente designados por Jesucristo fundamentos de su Iglesia, y confirmados manifiestamente por la venida del

(1) Act., Cap. 1, vers. 8.

Espíritu Santo sobre ellos en el día de Pentecostés.

38. ¿Como podrá uno afianzar su vocación al apostolado?—La vocación al apostolado se afianza con la oración, la mortificación de las pasiones, el ejercicio de las virtudes, la frecuencia de sacramentos y la sumisión sincera y humilde a los que dirigen su educación religiosa.

LA ORACION; porque el mismo Jesucristo, durante toda su vida, nos dió ejemplo de ella, y Él nos dijo que su Padre celestial dará su buen espíritu al que se lo pida (1). Los Apóstoles también permanecieron diez días en el retiro y en la oración antes de recibir el Espíritu Santo. San Pablo, como preparación a su apostolado, se dedicó a la oración por largo tiempo, y, en fin, la Iglesia prescribe la oración antes de ordenar a sus ministros.

LA MORTIFICACION DE LAS PASIONES, es tan importante, que sin ella no es posible recibir el espíritu de Dios; porque el hombre animal no comprende las cosas del espíritu, ni mucho menos las podrá comunicar a los corazones de sus prójimos; así San Pablo, que es modelo acabado de

(1) Luc., Cap. 11, vers. 13.

misioneros, decía que castigaba su cuerpo y lo reducía a servidumbre; no suceda, dice él, que, predicando a los demás, sea yo reprobado (1). «No hay duda, dice el Papa Benedicto XV, que ha de ser hombre de Dios quien a Dios ha de predicar, y ha de huir del pecado, quien enseña a los otros a que lo detesten. Es esta conducta de peculiar aplicación, tratándose de quien ha de vivir entre infieles, en los cuales predomina la impresión de lo que ven, sobre la razón; y para quienes el ejemplo de vida, en punto a convertirse a la fé, es más elocuente que la palabra».

«Supongamos un misionero que, a las más bellas prendas de inteligencia y de carácter, haya unido una información tan vasta como culta y un trato de gentes exquisito: si en este tal no corriese parejas con sus dotes personales una vida irreprochable, su influjo, en orden a la salvación de los pueblos, además de ser escaso, cuando no nulo, correrá peligro de convertirse en ruina propia y de los otros» (2).

«Con el auxilio de las virtudes, añade Su Santidad, caerán todos los estorbos y

(1) 1.^a ad Cor., Cap. 9, vers. 27.

(2) Max. illud.

quedará llana y patente a la verdad la entrada en los corazones de los hombres; porque no es de creer que resistan fácilmente a su influencia más que las almas de una rebeldía contumaz».

San Pedro nos dice que hagamos cierta nuestra vocación y elección mediante las buenas obras; haciendo esto, no pecareis nunca (1). Así que, la práctica de las virtudes es la base firme sobre la cual, quien desea ser misionero, ha de edificar su vocación como sobre piedra firme

LOS SANTOS SACRAMENTOS, son el instrumento vital divino, productor de la gracia en nuestras almas; a ellos, pues, debe acudir frecuentemente el que pretende comunicar a los demás la vida de la gracia, y aumentarla en quienes la poseen.

Finalmente, la sumisión humilde, sincera y completa a los ministros de la Iglesia es la que da el sello divino a la vocación; porque Dios puso a sus ministros para guiar a los hombres por la senda escabrosa del deber cristiano. En los Hechos de los Apóstoles abundan los ejemplos que confirman esta verdad; y Simón Mago, por

(1) 2.^a Petri, Cap. 1, vers. 10.

no sujetarse a esta dirección, paró en apostasía manifiesta y desastrosa.

39. ¿Qué otras cualidades, además de la vocación, ha de procurar tener quien desea ser misionero?—A la vocación hay que añadir el celo ardiente de la gloria de Dios y de la salud de las almas; espíritu de sacrificio, hasta derramar la última gota de sangre por salvar un solo hombre; doctrina sólida e inmaculada, capaz de desbaratar todas las artimañas de error; también es conveniente al misionero poseer, al menos, un regular conocimiento de las ciencias naturales y exactas, de la astronomía, de la geografía, de la historia, particularmente de las misiones, y del país donde irá a misionar. Será, asimismo, muy útil al misionero tener alguna instrucción de medicina práctica, de economía y gobierno domésticos, de agricultura, de las ciencias sociales, de las artes bellas, como música, dibujo, pintura, arte fotográfico, etc.

40. ¿Por qué es necesario al misionero el celo de la salud de las almas y de la gloria de Dios?—En verdad que esto no necesita prueba alguna; porque, aún en las cosas humanas ¿qué es lo que llegará a la perfección sin un entusiasmo proporcionado? El Misionero está encargado de hacer,

no una obra humana, sino la obra divina por excelencia, superior a todo esfuerzo humano. Pues ¿qué celo no deberá abrasar al Misionero, cooperador de la reconciliación del mundo con Dios? Si los disidentes rodean mar y tierra para atraer prosélitos al error, ¿qué no deberá hacer el Misionero católico para llevar los descarriados a Aquél que es el camino, la verdad y la vida? Bien nos demuestra San Pablo que ardía en celo, cuando nos dice que se consumía interiormente, al ver a los Atenienses sumergidos en el abismo tenebroso de la idolatría (1); también nos manifiesta el mismo Apostol, lo hondamente que le agujoneaba la caridad de Cristo, al desear ser anatema por salvar a sus hermanos. Lo propio nos confirma David al decirnos: «*Dominus facit ministros suos ignem urentem*» y que el celo de la Casa del Señor le devoraba. En fin; todos los profetas, Apóstoles y varones apostólicos descollaron maravillosamente en ser antorchas encendidas y abrasadoras de los corazones.

41. ¿Es muy necesario el espíritu de sacrificio para la conversión de los infie-

(1) Act. cap. 17, vers. 16.

les?—Es tan necesario el espíritu de sacrificio en las Misiones, que sin él no podrá el Misionero dar un paso adelante en la conversión de los paganos. No sin causa comparó Jesucristo a los que se emplean en el ministerio de las almas, al buen pastor que da su vida por sus ovejas; así es que, antes de enviar a sus Apóstoles por el mundo, les predijo los muchísimos trabajos, contradicciones y aun la muerte que por su causa tendrían que soportar. (San Juan, cap. 21, vers. 18).

Si el Misionero está clavado con Cristo en la cruz, como San Pablo, entonces «sabrà soportar y aun abrazar, con heroica magnanimidad, todas las contrariedades, asperezas, sufrimientos, fatigas, calumnias, indigencias, hambres y hasta la muerte más cruel, con tal de arrancar una sola alma de las garras del infierno».

42. ¿Qué ciencia necesita el Misionero para desempeñar bien el ministerio apostólico?—«No puede dudarse, nos dice el Santo Padre, que, en orden a salvar las almas, prevalecen los medios sobrenaturales de la virtud sobre los de la ciencia; pero también es cierto que quien no está provisto de un buen caudal de saber, se encontrará muchas veces con no pocas

deficiencias para desempeñar con fruto su ministerio. ¡Cuántas veces sin poder recurrir a libros ni a sabios de quienes aconsejarse, se verá en la precisión de contestar a muchas dificultades en materia de religión y a consultas sobre materias muy difíciles! Y claro es que, en esos casos... será muy poco decoroso quedar entonces los maestros de la verdad a la zaga de los ministros del error» (1).

Por lo tanto, la primera ciencia que debe poseer el Misionero, es la de Dios, la cual no consiste precisamente en grandilocuentes palabras, sino en conocer a fondo los misterios de Cristo, al cual convergen, porque en El están encerrados, todos los tesoros de la sabiduría de Dios (2). El Misionero, predicador de Cristo en Dios y de Dios en Cristo, y que ha de transformar los vasos de corrupción gentilica en joyas de gloria cristiana, debe tener conocimientos bien claros, concisos y exactos de la sagrada teología en todos sus ramos fecundos de vida y virtud. La dogmática, la moral, la apologética, la pastoral, la litúrgica, el derecho canónico general y

(1) Max. illud.

(2) 2.^a ad. Coros, Cap. 2, vers. 3.

muy particularmente el misional, la disciplina eclesiástica, la ascética, la mística; todo le hará falta en circunstancias múltiples y variadísimas en que ha de verse. Sin estos conocimientos no conseguirá el Misionero fundar y sostener sus cristianidades sobre sólidos fundamentos como sabio arquitecto, según frase de San Pablo (1); sino más bien expondrá a sus cristianos a ser llevados por todo viento de doctrinas peregrinas y aun erróneas, con peligro de que los lobos hagan riza en sus neófitos. Por el contrario, si estos están bien fundados en la doctrina de la Iglesia, fácil les será discernir los lobos de los pastores, y aun sabrán rebatir con solidez los sofismas especiosos de los adversarios.

A un cristiano chino decia un protestante, que San José había tenido varios hijos de María. El católico chino preguntó al protestante, que si San José sabía que la Santísima Virgen había tenido a Jesús por virtud divina sin obra de varón. Contestóle el protestante que San José sabía ciertamente el origen de la concepción y nacimiento de Jesús. Pues entonces, replicó el chino católico, no es posible decir sin blas-

(1) 1.^a ad Cor., Cap. 3, vers. 10.

femia e injuria de San José, a quien la Escritura llama justo, que tuviera la audacia de acercarse a la Madre de Dios. Según nuestras leyes, añadió, es digno de muerte cualquiera que pretenda la esposa del difunto Emperador, por ser reo de lesa majestad. ¿Cómo es posible afirmar de José que teniendo a María por Madre de Dios se atreviera a conocerla? Esto no puede salir de la boca de un protestante que cree en la Biblia. Con esta sencilla respuesta quedó el protestante tan escarmentado, que ya no se atrevió más a proponer nuevas objeciones a nuestro chino.

43. ¿Por qué es conveniente el conocimiento de las ciencias naturales a los Misioneros?—Aunque las ciencias naturales y las artes no influyan directamente en la conversión de los infieles, pero sirven no poco para desvanecer muchas supersticiones y vanas observancias de los paganos, que frecuentemente atribuyen a los espíritus los efectos o fenómenos puramente naturales. Además, así como nuestro Salvador se sirvió de la curación de los enfermos para atraerse a los Judíos, valiéndose de eso para predicarles el reino de Dios, de un modo parecido, el Misionero puede valerse útilmente de sus co-

nocimientos científicos, a fin de captarse la benevolencia de los gentiles.

Sabido es que los Misioneros Jesuitas, a últimos del siglo XVI, valiéndose de sus conocimientos científicos, se introdujeron en China, abriendo con esto una gran puerta a la predicación del Evangelio, que siempre había fracasado en aquel inmenso imperio; y desde aquella fecha, en que el sabio y venerable P. Mateo Ricci entró en China, ya no se ha interrumpido hasta nuestros días.

44. Parece que se nos hace un hombre ideal del verdadero Misionero; con esto ¿quién tendrá ánimo para dedicarse a las Misiones?—San Pablo responderá a esta pregunta, diciéndonos que, no él, sino la gracia de Dios era la que le hizo digno ministro del Evangelio (1). El ideal evangélico, para todos es el mismo; es decir, que todos somos llamados a ser perfectos, como lo es nuestro Padre celestial. No obstante, como en este mundo nunca se llega a la meta de ese ideal sublime, por eso Jesucristo, para animarnos y, a la vez, para instruirnos, nos dijo que hay distintas mansiones en la casa de su Padre (2): y

(1) 1.^a ad Cor., Cap. 15, vers. 10.

(2) Joaⁿ. Cap. 14, vers. 2.

que Dios repartió diversidad de talentos, para que cada uno negocie con el suyo, y reciba el galardón correspondiente a sus méritos (1).

San Pablo nos muestra gráficamente esta verdad, en la comparación de la Iglesia o cuerpo místico de Cristo, con el cuerpo humano, compuesto de diversos miembros con sus oficios propios, distintos unos de otros, para que nadie se desconsuele; antes todos ejerzan, en caridad y por caridad, el oficio o ministerio que de Dios ha recibido; puesto que uno mismo es el Espíritu que reparte sus dones a cada uno *prout vult*, según su voluntad y elección (2).

De modo que la vocación es siempre obra del Espíritu Santo, pero distintos los grados de perfección; aunque el ideal, el fin último y el próximo de la formación del cuerpo místico de Cristo sea uno mismo.

De aquí es que ninguno de los aspirantes a las misiones, debe desmayar por no ser un santo, con tal que tenga verdadera vocación, ánimo sincero de corresponder a ella y humilde sujeción al juicio de la Iglesia.

(1) Math., Cap. 25, vers. 15.

(2) 1.^a ad Cor., Cap. 12, vers. 4.

CAPITULO TERCERO

Oficio del Misionero.

Como ya dijimos en el primer capítulo, las misiones están organizadas a manera de Diócesis en formación. Los Superiores con jurisdicción en ambos foros son, o Vicarios Apostólicos o Prefectos (1). Cuando estos Superiores están impedidos para gobernar la misión o se mueren, suceden en el gobierno los Vicarios Generales, nombrados por los Vicarios o Prefectos Apostólicos y, en defecto de estos Vicarios generales, quedan encargados *los sustitutos de los mismos*. Si aconteciere que nadie ha sido constituido por los que tenían autoridad para hacerlo, entonces se hace cargo de la misión el Misionero que, como tal, es el más antiguo; y, si son varios, el más antiguo en el sacerdocio, hasta el nombramiento de alguno por la Santa Sede (2). Hay en algunos territorios meros Superiores de misión, pero no tienen jurisdicción señalada en el derecho: así que deben atenerse a las Letras particulares de la Santa Sede.

(1) Cans. 294, 310 y 311.

(2) Cans. 309 y 311.

Todos los Misioneros, sin excepción, y los cristianos, están obligados a obedecer a estos Superiores en todo lo referente al gobierno eclesiástico, al ministerio de las almas y a la propagación de la fe, así como también en las divergencias que ocurran en la misión (1).

45. Supuesto lo dicho: ¿Qué obligaciones particulares lleva anejas el oficio misional?—La primera obligación del Misionero, al llegar a la misión, se presentarse con sus credenciales al Superior de la misma (2), hacer la profesión de fe, (can. 1406, 1. 7.^o) y ponerse a sus órdenes en todo lo relativo al ministerio misional (3).

El Misionero debe siempre tener muy grabado en su corazón que, el no ofrecer su concurso para trabajar incondicionalmente con sus Superiores, es dispersar y perder todo el fruto. ¡Desgraciado del Misionero que se atreva a trabajar en la viña del Señor obedeciendo a su propio capricho contra las órdenes de sus superiores!

En segundo lugar, el Misionero recién

(1) Cans. 294 y 298.

(2) Can. 295, Col. núm. 205.

(3) Can. 295, 2. Col. núm. 20.

llegado a la misión, está obligado a dedicarse con todo ahinco a estudiar la lengua y costumbres, la religión y las leyes, la geografía y la historia del país, campo de sus futuros trabajos apostólicos.

«Ante todo, dice Su Santidad en su Epístola *Max illud*, sea el primer estudio... el de la lengua que hablan sus futuros misioneros. Ni debe bastar un conocimiento somero de ella, sino que debe llegar hasta dominarla y manejarla con destreza; pues obligado está el Misionero no sólo para con los ignorantes, mas también para con los doctos; y manifiesta es la benevolencia que se granjea entre los naturales con el dominio perfecto de su lengua»

«El Misionero que se precie de diligente en el cumplimiento de su deber, no encomienda a los catequistas la explicación de la doctrina, que considerará como una de sus principales obligaciones: toda vez que, para eso ha sido enviado por Dios a las misiones, para predicar el Evangelio».

«Además, han de ocurrirle casos, por su ministerio de apóstol y de intérprete de Religión tan santa, en los que por invitación o decoro se verá obligado a tener que tratar con las autoridades y hombres de letras de la Misión, y, ya se ve, el papel que

en tales casos hacen los que... no saben expresarse correctamente».

Debe, en tercer lugar, ser cautísimo y prudente en no exigir de los demás, que se acomoden a lo que él tiene por mejor en su fervor de misionero nuevo; antes procure conformarse en todo con lo que los veteranos operarios, en su larga experiencia, han probado ser conveniente: acuértese y tenga presente lo que de sí decía San Pablo: «me hice todo para todos, a fin de ganarlos a todos; y todo me es lícito, pero no todo es conveniente» (1). El mismo Jesucristo nos dió ejemplo de deferencia benévola, tratando y comiendo con los publicanos y pecadores, recibiendo a todos con suavísima caridad.

«Así que, son palabras del Santo Padre, el Misionero que lleno de caridad a ejemplo de Jesucristo, trata de engrosar el número de los hijos de Dios, aun con la hez de la gentilidad... evita el irritarse ante su ferocidad, como el dejarse impresionar de su degradación moral. Por el contrario... debe ingeniarse con cuantos recursos la mansedumbre cristiana le inspire, para

(1) Ad. Cor., Cap. 6, vers. 12 y Cap. 9, vers. 22.

lograr atraerlos suavemente al regazo de Jesús, su buen Pastor.»

«Otro escollo que debe evitar el Misionero, es el tener otras miras fuera del lucro espiritual... En efecto, quien está poseído por la codicia terrena es imposible que procure, como es su deber, mirar únicamente por la gloria de Dios; imposible le será hallarse dispuesto a perder sus bienes y, aun su vida, cuando así lo requiera la caridad» (1).

46. Una vez puesto el Misionero al frente de un distrito; ¿qué obligaciones en concreto deberá cumplir? — Ya dijimos que, según el nuevo Código, en las Misiones, cuasi-parroquias, el Misionero debe ejercer las obligaciones de párroco. En especial debe el Misionero tener presente que su oficio, por excelencia apostólico, le obliga a extender más y más el reino de Dios, conquistando para Cristo el mayor número de almas. No se contentará por consiguiente, con conservar las cristiandades ya formadas, sino que, con todo empeño y celo discreto, ha de ocuparse en convertir a los gentiles (2).

(1) Max. ilud.

(2) Colectanea, núm. 238. Edición de 1898 en Hongkon. Esta obra es el resumen de las res-

Todos los años enviará a sus superiores breve, clara y detallada relación de todos sus trabajos y frutos espirituales, como también de las dificultades que a su labor apostólica se oponen.

47. Cuál es la primera obligación del Misionero en su distrito?—La primera obligación del Misionero en su distrito, es la residencia, y el imponerse, lo mejor que pueda en las circunstancias que le rodean en las disposiciones, buenas o malas, de los infieles y en conocer bien a todos sus neófitos y catecúmenos.

Cuando por motivos legítimos, el Misionero se vea precisado a ausentarse de su distrito, ruegue de antemano a alguno de sus colaterales que atienda a sus cristianos en lo que pueda ocurrir, durante su ausencia. También avisará a sus cristianos, a fin de que sepan a quien han de acudir; y para que, en los casos urgentes, bauticen a los que vieren en peligro de muerte.

48. ¿Tiene el Misionero obligación de predicar en los días festivos?—Si señor; (1) y este es el principal oficio del Misionero;

puestas desde Sta. Sede a las consultas de las Misiones.

(1) Cans. 451 y 1.344.

por lo cual debe aprovechar prudentemente todas las ocasiones que se le ofrezcan, en privado y en público, para atraer poco a poco, y con amor, a los infieles, a la verdad católica, y procurar que sus cristianos y catecúmenos estén bien instruidos en los misterios de la fe, en la moral cristiana, en el modo de portarse con los no convertidos, en el modo de administrar el bautismo privado en lengua vulgar, en los rezos ordinarios de los cristianos, ect. También debe acostumbrarlos a que ingresen en las cofradías y asociaciones piadosas, fomentar en todos el espíritu de sólida piedad y la vocación a consagrarse a Dios en los que den señales para ello (1).

Debe vigilar de una manera especial para evitar la introducción de doctrinas erróneas y prácticas poco cristianas y, quizás supersticiosas, entre sus cristianos; porque los recién convertidos son, por lo general, muy propensos a mezclar resabios supersticiosos con las devociones o ritos cristianos. Así decía San Pablo a los Corintios: *Timeo... ne corrumpantur sensus vestri, et excidant a simplicitate quæ est in*

(1) Col., núms. 34, 132 y 146.

Cristo (1). Esta vigilancia es principalmente necesaria sobre los maestros y catequistas, cooperadores imprescindibles de los Misioneros.

Es, así mismo, necesario corregir sin acrimonia, pero con entereza apostólica, a los que den mal ejemplo. Es increíble el daño que hace un solo hombre maleado, en los corazones tiernos en la fé; es más pernicioso que todos los gentiles que les rodean; porque de estos, *a priori* se precaven, por considerarlos, en sus máximas y costumbres, incompatibles con la vida cristiana. Mas de los propios, esto es, de los que son o pasan por cristianos, no se percatan hasta que el mal ha hecho estragos (2).

Por eso el Apóstol, en sus epístolas, se muestra vigorosamente enérgico en cortar los abusos y escándalos que entre los primitivos fieles se habían introducido; lo propio hizo San Pedro con Ananías y Simón mago. No obstante; en casos merecedores de penitencias públicas, el Misionero no debe precipitarse a imponerlas sin la anuencia de los Superiores de la misión; pues se expondría a causar daños, quizás

(1) 2.^a Ad Cor. Cap. 11 vers. 24.

(2) Ad. Gal. Cap. 5 vers 9.

irreparables, y hasta provocar abierta persecución o excisiones lamentables (1).

La predicación e instrucción a los cristianos y catecúmenos, ha de ser sencilla y clara, acomodada a la capacidad de los oyentes y bien fundada en la doctrina católica, a fin de que la fe se arraigue profundamente en sus corazones y estén preparados a dar razón de ella, y ser propagadores del Evangelio entre sus paisanos: a veces hace más mella en los ánimos de los infieles una conversación sencilla, pero sólida, de los neófitos, que los discursos bien razonados del Misionero (2).

Para conseguir que los neófitos sean instruidos en los misterios de nuestra Religión, es excelente el sistema de rezar a coros todos los días de fiesta, antes o después de la Misa, parte del catecismo, y explicarles lo leído o rezado. Es maravilloso el fruto obtenido en muchas misiones con este sencillo método; porque así los cristianos desde niños, van aprendiendo, casi sin darse cuenta, toda la doctrina y están bien preparados para recibir frutuosamente los Santos Sacramentos (3).

(1) Coll. núm. 774 et Can. 2308. Can. 2220.

(2) Can. 1347 1 y 2, Coll. núm. 238.

(3) Pio X.

49. ¿Qué es preciso que haga el Misionero respecto al culto?—Respecto al culto ha de procurar el Misionero, ante todo, que no se mezcle en él nada ridículo, ni que tenga resabio supersticioso, ni de interés terreno (1). Hagan que domine siempre en toda manifestación religiosa el espíritu de fe sincera y de piedad sólida; lo cual conseguirá, si tiene bien instruidos a sus neófitos en los misterios que se celebren, en el significado católico de la liturgia, de las ceremonias, de las vestiduras y vasos sagrados; si, por ejemplo, les hace comprender que la luz del Santísimo y demás actos de culto es símbolo de la fe y de la buena conducta, (2) de la esperanza por su movimiento ascensional, de la caridad por su ardor; que el incienso simboliza la oración y el buen nombre de Cristo en los que lo imitan (3); que el agua bendita es signo de gracia que ahuyenta al demonio; que la Santa Cruz es el arma redentora de que se sirvió Jesús para triunfar de Satanás, etc., etc.

(1) Cans. 1261 y 1262.

(2) Mth., Cap. 5, vers. 16, et. 2.^a, Petri, Capítulo 1.^o, vers. 19.

(3) 2.^a Ad. Cor., Cáp. 2. vers, 14.

Otra de las cosas que más debe procurar el Misionero en el culto, administración de sacramentos, uso de sacramentos y de objetos piadosos, es la limpieza y pulcritud y aun cierto aparato exterior, cuando le sea posible.

Sobre todo, él mismo debe portarse de una manera digna, que haga ver a todos la influencia del espíritu de Dios, que infunda respeto y veneración a los mismos infieles. A muchos les entra la religión por los ojos; y al ver la inmensa diferencia entre el culto católico y el de sus falsas religiones, se mueven a indagar la causa de tan grande diferencia y a veces llegan a conocer la verdad. Son tan extrañas y raras para los gentiles las ceremonias, v. gr., del bautismo y la extremaunción, que, si el ministro no guarda una gravedad y modestia casi divinas al administrarlos, todo lo interpretan en sentido pésimo, previniéndose contra nuestra santa Religión (1).

Si quiere el Misionero afianzar en sus neófitos el fervor y rectitud del culto religioso, acostúmbreles a que en sus casas recen todos los días en familia las oracio-

(1) 1.º Ad Cor., Cap 2, vers. 14.

nes comunes a todo cristiano, y haga que los domingos y fiestas, los que están lejos y no pueden acudir a la iglesia, se reúnan todos en la casa de algún cristiano, donde recen juntos y repasen el catecismo, el cual les será explicado por alguno de ellos, más entendido y fervoroso. Este sencillo método tiene a los cristianos en continuo trato con Dios, y bien dispuestos a recibir los sacramentos a la llegada del Misionero en su visita misional.

50. ¿Tiene que tener algo presente el Misionero sobre la administración del Bautismo?—En primer lugar, debe procurar el Misionero que los cristianos cercanos a la iglesia se acostumbren a traer lo más pronto posible sus recién nacidos, no sea que alguno de ellos muera sin el bautismo; así, poco a poco, van adquiriendo a la vez el aprecio debido a las prescripciones eclesiásticas, cosa que no es tan fácil, si se les deja sin corrección. Porque, como están acostumbrados a vivir a su antojo, no hacen escrúpulo de los preceptos de la Iglesia, y sólo les parece pecado la rebelión directa contra Dios.

En caso de que, por peligro urgente, no puedan traer las criaturas a la iglesia, el Misionero tómesese interés en ir a sus casas,

para administrarles las aguas regeneradoras y las ceremonias subsiguientes al bautismo, dejando lo restante para cuando los traigan a la iglesia (1). Instruya a todos sobre el modo de administrar el bautismo privado en lengua vulgar, para cuando la urgencia del caso o la larga distancia no permitan llamar al Misionero. En estos casos, los mismos cristianos deben bautizar a sus pequeños sin aguardar al Misionero, el cual a su tiempo suplirá las ceremonias prescritas (2).

Inculcará, también, a todos los cristianos, aun a los catecúmenos, y señalará en cada cristiandad algunas personas que se dediquen a bautizar de una manera prudente y disimulada a los párvulos de los infieles que están en trance de muerte segura, salvando así a muchísimas criaturas que de otro modo perderían el cielo (3). Este es uno de los más consoladores méritos del Misionero en su vida apostólica.

Para que se vea el fruto de tener bien instruidos en esta materia a sus neófitos, pondremos un caso, digno de tenerse en

(1) Coll., n.º 447 ad lum., Can 759 § 1 y 3.

(2) Coll., n.º 349.

(3) Coll., n.º 353.

cuenta por los Misioneros. En una escuela católica de China fué preciso admitir un maestro gentil por falta de maestro cristiano. Cuando el gentil dejó de enseñar, se dedicó al oficio de médico ambulante, y siempre que se le ofrecía ocasión, bautizaba a los niños de los paganos que véia espirando. Viejo y ya próximo a la muerte, llamó a un cristiano, suplicándole lo bautizase; porque, le dijo, yo creo en Dios y en la virtud del bautismo; por eso he bautizado a muchos niños moribundos; ahora te pido me bautices a mí. Luego llamó a sus parientes, los exhortó a seguir su ejemplo, y les prohibió hacer nada supersticioso en su entierro. El cristiano, viéndole en tan buenas disposiciones lo bautizó, después de sugerirle los actos de dolor, de fe, ect., necesarios a los adultos; al poco tiempo murió tranquilamente, dando muestras de verdadero cristiano.

El Misionero, antes de bautizar a los adultos, ha de tener mucho cuidado no sólo de instruirlos bien, sino también de averiguar sus costumbres, no sea que, en vez de aumentar los hijos de Dios, llene el rebaño de ovejas con roña y sarnosas. Porque es de advertir que, entre los gentiles, no se hace caso ninguno de muchas

cosas, intolerables en la fe de Jesucristo. Muchísimos de los gentiles viven amancebados, otros son polígamos, otros borrachos sin escrúpulo alguno, otros jugadores empedernidos, otros están plagados de deudas, sin ánimo de pagarlas, y enredados en intricables injusticias en sus tratos y granjerías. Aún hoy es demasiada verdad la negra descripción que San Pablo hacía de los paganos de su tiempo. Si, pues, el Misionero se precipita en bautizar a los no probados, se expone él mismo y expone a sus catecúmenos a muchos sacrilegios de consecuencias fatales para la cristiandad. La experiencia demostrará al Misionero que no hay exageración en lo dicho y que toda precaución es poca para que el fruto sea duradero (1).

51. ¿Hay algo que advertir sobre el sacramento de la Confirmación?—Cuando el Misionero confiera este sacramento por delegación, debe atenerse a la instrucción que para estos casos trae el ritual Romano; ha de administrarlo, avisando antes que es mero ministro delegado, y sin usar ninguna insignia pontifical.

(1) Coll., ns. 366 y 403.

52. ¿Hay algo de particular sobre el sacramento de la Penitencia en las misiones?—No estará por demás advertir que, según el nuevo Código, Canon. 883, todo Sacerdote aprobado por su Ordinario, o por el del puerto donde se embarca, o por alguno de los del trayecto del viaje, puede, desde que emprende el viaje marítimo, oír las confesiones de los combarcanos y de los que a él acudan en los lugares de parada, bien sea en el barco o bien en tierra; en estos casos, puede absolver aún de los casos reservados por el Ordinario del lugar. Para los casos urgentes o de peligro de muerte, durante el viaje, bueno será que el Misionero tenga presentes los cánones 468, 882, 883, 884, 892 § 2. 1044.1046 2254 § 12 2290 y 2367 § 1.

Ya en su misión, lo primero a que atenderá el Misionero sobre la Penitencia, es a que los cristianos tengan ideas bien claras y limpias acerca de este sacramento, y de las disposiciones para recibirlo fructuosamente. Si los neófitos, desde la primera vez que se confiesan, cobran la debida confianza cristiana con el confesor, y ven que éste los recibe y trata con entrañas de padre, es grandísima la devoción que

a ella cobran, continuando confesándose frecuentemente.

Al principio, muchos de ellos se acercan temblando y con gran repugnancia; pero la bondad del confesor y, sobre todo, la gracia que por el sacramento reciben, los convierte en mansos corderos, dóciles en extremo a todas las instrucciones caritativas que se les sugiera. Nunca el Misionero debe mostrarse tardo y desabrido con esas tiernas almas en la fe, las cuales en verdad necesitan de las caricias que se prodigan a niños delicados; si así lo hace, tendrá el Misionero el grandísimo consuelo de obtener una cristiandad verdaderamente fervorosas (1).

53. ¿Qué tiene que hacer el Misionero respecto de la administración de la Eucaristía?—Además de instruir convenientemente a sus cristianos en la dignidad e importancia de recibir dignamente y con frecuencia este divinísimo Sacramento, el Misionero debe poner sumo cuidado en que sus neófitos se acostumbren a recibirlo desde el mismo día del bautismo, y los niños desde que sepan discernir este manjar divino; procurando que se acer-

(1) Coll., núm. 789.

quen a El bien preparados, decentemente vestidos y limpios, cubriéndose las mujeres la cabeza, a fin de que todos se formen el debido concepto de respetuosa devoción, merecida por tan alto misterio de amor. Es, en verdad, admirable y sólido el fruto producido por la Santísima Eucaristía en las almas bien dispuestas, y cómo arraiga en los corazones de los neófitos la firmeza de la fe, para resistir todos los combates a que están expuestos. Bien muestra esto la grandísima afición con que lo desean, las grandes distancias que recorren, cuando saben que el Misionero está en algún lugar donde pueden ellos ir, y los martirios que sufren en caso de persecución (1).

Cuando los fieles le llamen a administrar el Santo Viático, nunca el Misionero debe mostrar repugnancia, ni disgusto, por más intempestiva que sea la hora, o lejano el lugar, o escabroso el camino, o destemplado el tiempo; tome las precauciones necesarias para no abusar de su salud y vaya, por Dios y por las almas, a donde le llamen. En semejantes circunstancias, es cuando el Misionero ha de demostrar que

(1) Coll., núm. 601.

se inmola de buen grado por socorrer a sus ovejas; lo cual edifica y enfervoriza mucho a los nuevos cristianos, quienes, casi siempre, aprovechan la ocasión para comulgar ellos también.

El modo de llevar el Santo Viático en las misiones, suele ser, poniéndolo oculto en un relicario de plata, en el interior dorado; luego, introduciéndolo en una bolsita de seda, se cuelga ésta del cuello con la mayor reverencia, cubriéndola con la ropa; también de un modo disimulado, se llevará la estola: todo lo cual se hace para evitar irreverencias y, quizás, profanaciones por parte de los infieles (1).

Si alguna vez, el Misionero, se viere precisado a dar la comunión o el Viático en presencia de gentiles, procure hacerlo con la mayor reverencia posible; y si ha de dar alguna explicación, nunca les descubra, a los gentiles, este gran misterio, porque será inútil; toda vez que, cuanto más se esfuerce en hacérselo creer, más se confirman que lo hace por ocultar sus artes de encantamiento, si es que no piensan otras cosas peores. Lo mejor será decirles sencillamente, que es una participa-

(1) Coll., núm. 566 ad 3 m. y 568.

ción del sacrificio que hacen los cristianos a Dios, así como ellos, en sus sacrificios, comen de lo sacrificado a sus falsos dioses.

54. ¿Qué debe tener presente el Misionero en cuanto al Matrimonio en las misiones?—Como entre los gentiles están completamente corrompidos el lazo matrimonial y los fines legítimos del mismo, además de profanarlo lamentablemente en su celebración, el Misionero ha de tener sumo empeño en que los cristianos se formen un concepto digno de este gran sacramento, para que lo celebren con dignidad y gravedad cristianas, desterradas todas las liviandades paganas. Procure prepararlos con la debida instrucción y la recepción de la Penitencia y Comunión. Si el Misionero es invitado a las bodas y no hay algún inconveniente en aceptar, es bueno que asista; porque con eso aumenta en los neófitos el aprecio sagrado a todo lo cristiano, y a la vez, evitará que quizás se mezcle alguna superstición en sus ceremonias. Si no le parece conveniente asistir él mismo, envíe algún fervoroso catequista, para que presida los actos religiosos y evite desmanes indignos de cristianos.

Cuando se ha celebrado el matrimonio en su ausencia, nunca deje el Misionero de bendecirlo en la primera ocasión; esto mismo podrá hacer cuando se convierten dos casados, sobre todo si ellos mismos lo piden, como lo suelen pedir, al saber las bendiciones que Dios derrama sobre el enlace cristiano (1).

Antes de proceder a la celebración del santo Matrimonio, procure el Misionero averiguar bien si hay algún impedimento entre los contrayentes; porque los neófitos suelen dar muy poca importancia a estas cosas, y ya se ve los graves y complicados inconvenientes que de un matrimonio nulo se originan. Especialmente conviene que haga todo lo posible para impedir enlaces entre cristianos y no bautizados; porque rara vez conseguirá poner a salvo la integridad de la religión cristiana del consorte fiel y de sus hijos, sobre todo si se trata de matrimonio de cristiana con infiel, puesto que todos los gentiles están persuadidos de que tienen dominio absoluto sobre su mujer e hijos. Si el Misionero se ve precisado, por circunstancias excepcionales, a conceder dispensa sobre ésto, jamás la con-

(1) Col., núms. 1660 y L. 663.

ceda sin fianza firmada del esposo y de sus padres, de que dejarán a la cristiana y a sus hijos en completa libertad de practicar todos sus deberes religiosos; de otro modo queda expuesta la parte cristiana a sufrir terribles contradicciones y aun a desesperarse (1).

55. ¿Hay algo especial que notar acerca de la Extremaunción?—Es muy grande la devoción de los neófitos por este Sacramento; así, conviene que el Misionero se preste de buena voluntad en todo lugar y tiempo a administrarlo, sin poner dificultades que retraigan a sus fieles de tan saludable y necesario socorro para librar el último combate con el enemigo de las almas. A fin de que los enfermos lejanos no mueran sin este auxilio, el Misionero les administrará la Santa Unción siempre que la enfermedad sea grave, aunque no sea extrema (2).

56. ¿Qué otras cosas debe tener presentes el Misionero en su oficio apostólico?—Muchas más cosas había que notar para que el Operario Evangélico obtenga abundante fruto de su ministerio; pero, co-

(1) Coll., núm. 1344.

(2) Coll., núm. 1117.

mo no tratamos de hacer una obra de moral misional, ni un Directorio de misiones, el Misionero podrá enterarse de todo lo relativo a su oficio, consultando a los Operarios veteranos, a los Directorios particulares de cada misión, a la Collectanea de la Propaganda y a los autores que de misiones han escrito. No obstante, no será supérfluo decir cuatro palabras sobre la administración o visita que hay que girar por las cristiandades y catecumenados.

Como, por lo general, los catecúmenos y neófitos de las misiones están esparcidos por extensos distritos, no puede el Misionero vigilarlos y atenderlos convenientemente desde su residencia; por lo cual, en todas las misiones hay tiempos señalados para la visitas de administración (1).

Son tan necesarias estas visitas por las cristiandades para la conservación de la fe en los neófitos, que, sin ellas, no tarda mucho en malograrse el fruto de muchos años de trabajo, costando después al Misionero mucho más renovar el espíritu fervoroso de estos tibios que el convertir a los infieles. Bien lo lamenta San Pablo en sus epístolas a los Corintios y a los Gálatas; pues,

(1) Math., Cap. 9, vers. 35.

apesar de haber enviado sus delegados a continuar su obra, tuvo que ir él en persona a desterrar los abusos introducidos por sus émulos, y a desbaratar las tramas de satanáas; quejándose el Santo Apostol amargamente, y maravillándose de que tan pronto hubiesen decaído del primitivo fervor (1).

Para que estas visitas periódicas a las cristiandades y catecumenados sean fructuosas, y el Misionero se ahorre trabajo y tiempo, es conveniente, por no decir necesario, que con anticipación regular envíe catequistas celosos y fervorosos a prepararlos bien para la recepción de los Sacramentos; este método nos lo enseñó el mismo Jesucristo, el cual también enviaba por delante a sus discípulos *in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus* (2).

Durante la estancia con ellos, es el tiempo a propósito para irlos formando en el espíritu cristiano, atendiendo a todos con entrañas de caridad, examinando de doctrina a los pequeños y preparándolos para la primera Comunión; supliendo las ceremonias a los bautizados en ausencia del

(1) 2.^a Ad. Gal, Cap. 4, vers. 11.

(2) Luc., Cap. 10, vers. 1.

Misionero, después de examinar si están bien bautizados, por si faltó algo esencial para la validez. Si han celebrado algún matrimonio, no deje de darles la bendición nupcial. Averigüe si rezan en familia, y si los Domingos se reúnen todos los que puedan para el rezo en común. Vea si los maestros son cristianos ejemplares, y cómo cumplen el sublime cargo de formar cristianamente los corazones de los niños. Si hay catecúmenos, atiéndalos con especial interés, para que a su debido tiempo reciban con fervor las aguas regeneradoras. También debe corregir con entereza y mansedumbre cristianas a los inquietos; ponga en paz a los discordes, y a todos procure apartarlos de compañías peligrosas. Si el Misionero sabe aprovechar estas visitas, encontrará, durante su vida apostólica, consuelos suavísimos que alegrarán su corazón y podrá decir con San Pablo, que sus cristianos *son su corona y su gloria*.

Cuando en alguna parte hay muchos catecúmenos, aunque no haya bautizados, no deje de visitarlos algunas veces, porque la permanencia del Misionero con ellos, aunque sea corta, hará más fruto que la del catequista, prolongada por va-

rios meses. Es grandísimo el entusiasmo con que los catecúmenos reciben al Misionero y el fervor y alegría que en ellos causa su presencia. Debe, sin embargo, no fiarse demasiado de esos fervores primeros; porque sucede que muchos no van por la doctrina, sino por intereses terrenos, y si, imprudentemente, el Misionero se entromete en asuntos semejantes, se expone a llevar solemnes chascos y graves disgustos. Pero no debe desanimarse por ello, ni extrañarse, cuando a nuestro Salvador, aún el día que iba a subir al cielo, le fué dirigida por algunos la pregunta de *si era llegada ya la hora de restablecer el reino de Israel*.

CAPITULO CUARTO

Obras necesarias o útiles en la misión

57. ESCUELAS (1). ¿Qué debe tener presente el Misionero respecto de las escuelas?—Son tan necesarias las escuelas en las misiones, que, en algunas regiones, es lo único que pueden hacer los Misio-

(1) Coll. núm. 134 y 278,

neros para evangelizar a sus habitantes; porque los adultos son tan rudos y están tan degradados, que de ninguna manera quieren dejar sus bestiales costumbres, como sucede entre los salvajes de Formosa, Filipinas, Australia y en las regiones montañosas de los Andes y de los Urales. Aun en las naciones civilizadas a lo pagano, como en la India, China y Japón, las escuelas son el mejor medio para fundamentar una cristiandad permanente; porque en las tiernas inteligencias de los niños es donde mejor arraiga la fe cristiana, que a su tiempo fructifica de un modo maravilloso. Por algo dijo Jesucristo: *Dejad que los niños se acerquen a mí* (1). Además, si el Misionero no tiene escuela bien montada, los cristianos envían sus pequeños a las escuelas acatólicas, con gran perjuicio de la educación moral de los niños, y con peligro de malearse en la fe.

Para que el Misionero saque todo el fruto posible de las escuelas, ponga en ellas los mejores maestros de que pueda disponer; visítelas con frecuencia; examine, si fuere posible, todos los domin-

(1) Marc., Cap. 10, vers. 14.

gos a los niños, premiando a los más aplicados, y explicándoles por sí mismo lo que durante la semana hubieren estudiado. Conviene que haya estas escuelas en todas las cristiandades y catecumenados, acostumbrando a los nativos a contribuir al sostenimiento de las mismas, ya para que se acostumbren a hacer algún sacrificio por sus hijos, ya para que Dios les bendiga derramando sobre ellos el ciento por uno.

58. ¿Convendrá admitir en las escuelas cristianas a los infieles?—Si los maestros son celosos y bien instruidos, y por otra parte no hay peligro de que los niños gentiles perviertan a los cristianos, en las misiones suelen admitirse los infieles en las escuelas cristianas; ya para que poco a poco cobren simpatía a la religión, ya porque sus padres tengan relaciones con el Misionero, ya también para que, con el tiempo, se extienda más y más el conocimiento de Dios, y los que fueron educados en las escuelas católicas, sean de algún modo panegiristas de las verdades religiosas.

Sin embargo; el Misionero debe tomar precauciones para evitar que los gentiles perviertan a los cristianos y que éstos in-

jurien a los gentiles. En las escuelas podrá el Misionero explorar los ánimos y estudiar los caracteres de los niños, por si alguno, andando el tiempo, se le puede admitir con esperanzas de que sea un buen seminarista, catequista o maestro. A éstos atiende de modo especial y particular, para educarlos bien e ir desarrollando la semilla por Dios depositada en sus corazones: en las escuelas es donde las misiones tienen colocadas las esperanzas para lo futuro. Todo lo que hemos dicho de los niños, claro es que proporcionalmente debe aplicarse a las escuelas de niñas, tan imprescindibles como las de los niños.

En las misiones de la Conchinchina están de tal manera organizados estos semilleros de educación, que de ellos sacan todo el personal auxiliar de la misión: de allí salen los criados o sirvientes, los maestros, los catequistas, los sacerdotes indígenas, los bautizadores médicos, etc. Todos ellos viven en la misión y de la misión, bajo el continuo desvelo del Misionero que, cual madre cariñosa, los cobija a todos. ¡Oh si en todas las misiones pudiera implantarse tan excelente sistema de educación! ¡Cuán grandes serían los frutos de bendición que se obtendrían! Pero no todo cuadra bien

en todo lugar, y el Misionero debe atenerse a la realidad que le rodea, no a utopias deslumbradoras.

59. CATEQUISTAS.—¿Qué son los Catequistas? Los catequistas son cristianos y cristianas fervorosos y bien instruidos, casados o solteros, escogidos por los Misioneros para que les ayuden en la enseñanza de la Religión cristiana, principalmente en la instrucción de los catecúmenos (1).

60. ¿Son muy necesarios los Catequistas en las misiones?—En las misiones los Catequistas son de absoluta necesidad, si se quiere que prospere y permanezca firme la obra evangelizadora de los Misioneros (2). Estos por sí mismos, por más celosos, robustos y trabajadores que sean, no pueden atender a una instrucción detallada y constante, exigida por el modo de ser de las misiones. Ni el mismo San Pablo, el más laborioso de los Apóstoles, prescindió de estos auxiliares, tanto hombres como mujeres, según se desprende de sus epístolas a los Romanos, a los de Grecia y del Asia menor (3).

(1) Coll., núms. 116 y 117. Ex.

(2) Coll., núm. 120.

(3) Ad. Rom., Cap. 16.

El Misionero ordinariamente sólo puede ocuparse de las líneas generales y de las bases de la instrucción cristiana; pues tiene que estar en continuo movimiento de ir y venir de una parte a otra en cumplimiento de sus muchas obligaciones. Por eso decía San Pablo: Ego plantavi, Apolo rigavit (1); esto es: yo he sembrado la palabra de Dios, he puesto los fundamentos de la fe y las bases del cristianismo, mas Apolo y otros que trabajan conmigo en la propagación del Evangelio, han desarrollado los gérmenes de vida sembrados por mí. Este es, pues, el modelo intachable de todo buen Misionero, si quiere que arraigue firmemente la fe de Cristo en sus cristiandades.

Además, es muy difícil, por no decir imposible, que el Misionero pueda atender por sí mismo a la instrucción continuada de los niños y de las mujeres; principalmente de éstas, a causa de la susceptibilidad de las misma, de la suspicacia maligna de los infieles y del retraimiento a que las sujetan. Sólo en la iglesia, o cuando se reúnen en las cristiandades para oír Misa podrá el Misionero instruir las en general;

(1) 1^a Ad Cor., Cap. 3, vers. 6.

pero esta enseñanza es insuficiente para prepararlas bien a la recepción de los Santos Sacramentos. Verdad es que la confesión podrá hacer mucho fruto en las bautizadas; mas tampoco entonces es posible informarlas a fondo en todo lo que requiere la instrucción de cristianos nuevos; porque en misiones no es conveniente entretenerse largo tiempo en el confesionario con las cristianas, para evitar malas interpretaciones; allí es donde hay que tener muy presente el consejo del Apostol: *Ab omni specie mala abstinete vos* (1).

61. ¿Qué métodos son los más usados en el catequistado de las misiones?—A cuatro pueden reducirse los métodos de catequistado en las misiones, todos ellos buenos; pero no en todas partes aplicables. El primero es el de los catequistas ambulantes que van recorriendo las cristiandades y catecumenados, deteniéndose en ellos más o menos tiempo, según el número de catecúmenos o neófitos y también conforme a la instrucción que por grados vayan adquiriendo, hasta que estén bien instruidos y preparados para recibir los sacramentos.

(1) 1.^a Ad Thess., Cap. 5, vers. 22.

El segundo es el de catequistas de asiento en alguna cristiandad o catecumonado numeroso; éstos, a la vez que enseñan a los adultos la doctrina y rezos cristianos, son maestros encargados de instruir a los niños; así, durante el día están ocupados en la escuela y, por la noche, con los adultos. Los domingos los reúnen a todos para rezar en común y acostumarlos a la vida fraternal cristiana.

El tercero consiste en casas de doctrina donde van los catecúmenos, permaneciendo allí a temporadas bajo la vigilancia del Misionero, el cual les explana en breves conferencias lo que los catequistas les van enseñando, hasta que están bien preparados para el bautismo (1).

El último método es colocar catequistas, bien instruidos y probados en lugares céntricos, haya o no catecúmenos, y allí, en conferencias públicas sobre nuestra santa Religión, van atrayendo poco a poco a los gentiles hasta ganarlos para Cristo. Este método suele estar en uso en los países donde no se presentan las gentes a ingresar en nuestra santa Religión, y así hay

(1) Coll., núm. 121.

que ir a buscarlos y compelerles a entrar, como nos dijo el Salvador (1).

62. ¿Cómo se forman los Catequistas? — Cuando en la misión hay colegio para la formación de maestros y catequistas, se escogen en las escuelas los jóvenes de disposición y buena conducta que dan esperanzas de buen resultado, se les coloca en el Colegio donde se les sustenta y educa durante algunos años bajo la dirección de los Misioneros, hasta su completa preparación. Luego, según las órdenes de los Superiores, se les distribuye por las cristiandades, puestos siempre a disposición del Misionero del distrito.

Este sistema es el mejor y más recomendado por la Santa Sede, pero no general, a causa de los gastos que lleva consigo; gastos que la mayor parte de las misiones no pueden hacer (2).

Así que el modo ordinario de preparar los catequistas es que cada Misionero en su distrito los vayan formando desde pequeños en las escuelas de la misión.

63. ¿Es muy costoso el sostenimiento de los maestros y catequistas en las misio-

(1) Luc., Cap. 14, vers. 23.

(2) Coll., núm. 119.

nes?—El sostenimiento de maestros y catequistas en las misiones es uno de los mayores embarazos de los Misioneros; porque, como son imprescindibles y los medios económicos escasean, los Misioneros se ven obligados a hacer equilibrios de economía para poder, siquiera, tener uno o dos catequistas maestros.

Ordinariamente, el mantenimiento de un maestro o catequista cuesta al año de doscientas a trescientas pesetas, y en los Colegios, solamente la formación, viene a costar una peseta diaria, por lo menos. Como los recursos del Misionero no suelen pasar de dos mil pesetas anuales, los emolumentos, llamados de estola son nulos, las limosnas de Misas son pocas y los gastos muchos; calcúlense los apuros del Misionero para acudir a lo más preciso y urgente de su acción misional.

61. Además de las escuelas y Catequistas: ¿qué otros medios son necesarios en las misiones para que prosperen?—Los medios necesarios para la prosperidad de las misiones, pueden ser, o bien para formar el personal, o bien para la atracción de los infieles hacia la Religión. Los primeros son los Colegios para la formación de maestros y Catequistas, los Seminarios

para el Clero, los Colegios de segunda enseñanza para cristianos y gentiles, los Talleres Salesianos, las Escuelas de Comercio, de agricultura, música, de telegrafía, de medicina práctica, de farmacia, etc., y, donde sea factible, las Universidades para las carreras superiores. Todo esto sirve para elevar el nivel de la instrucción católica al mismo grado que la oficial, a fin de que los cristianos bien preparados sean aptos para todos los cargos sociales, y puedan influir en la dirección de la civilización, a que aspiran casi todos los pueblos antiguos, en particular la India, la China y el Japón.

Los segundos medios, o sea, los de propaganda por obras, son: la prensa católica, los asilos, los hospitales, los dispensarios gratuitos, los orfanotrofios, las casas de misericordia, llamadas, Santas Infancias y, en fin, todas las obras de beneficencia en sus variadas y hermosas manifestaciones cristianas. Todo esto es un maravilloso aliciente para los corazones paganos, acostumbrados a no ver más que dureza, crueldad y egoismo grosero en todas las manifestaciones de la vida social pagana. Las obras cristianas les abren los ojos y hacen elevar sus miras a regiones supraterrenas,

preparando sus ánimos para la recepción benévola de la fe de Jesucristo, que tales frutos de vida produce en el mundo sin recompensas terrenas.

Como la ejecución de los medios mencionados rara vez está en manos del Misionero, sino en las de los Superiores, no nos detenemos en más detalles; pues a nosotros no nos toca dar consejos a aquellos de quienes debemos recibirlos. Por la misma razón, no hablamos del Clero indígena, ni de las Religiosas auxiliares, ambas cosas recomendadas encarecidamente por la Santa Sede.

CAPITULO QUINTO

Medios para favorecer las Misiones

«Tiempo es ya, nos dice el Santo Padre, de dirigir nuestra palabra a todos aquellos que por especial gracia del Señor, tan misericordioso, gozan de la fe y participan de los innumerables beneficios que de ella dimanar».

«Primeramente procuren no olvidar el vínculo que de coadyuvar a las Misiones les impone aquella ley por la que Dios

obligó a cada uno a mirar por el bien de su prójimo. Siendo este precepto tanto más urgente, cuanto más apremia la necesidad; ¿qué clase de hombres habrá más acreedores a nuestro socorro fraternal que los infieles, quienes sin conocimiento de Dios, presa de la ceguera y de las pasiones más desenfrenadas, yacen en la más abyecta servidumbre del demonio? — Ayudándoles, pues, en cuanto esté en nuestros alcances por medio de nuestra colaboración misional a que salgan de esas tinieblas, además de cumplir en asunto tan grave con un deber de caridad, es saber agradecer al Señor, del mejor modo posible, el beneficio de la fe (1).

En efecto, «la misma caridad, nos dice el Eminentísimo Purpurado, Dr. Benloch, que lleva al Misionero a las avanzadas de la lucha contra el paganismo se transforma en el pueblo católico en la oración, en el desprendimiento y limosna; y como hoy, todas las grandes actividades se concretan y cristalizan en grandes organismos de resistencia y de energía a la vez; fiel a esta ley, aun la caridad ha sabido en la Iglesia Misionera manifestarse también en organi-

(1) Max. Illud.

zaciones de oración y de limosna, que resultan, en efecto, su sosten y socorro» (1).

Hase dicho, y es verdad, que la unión es fuerza; con mucha más razón si esa unión está bien organizada y dirigida por personas competentes. Por eso vamos a principiar este capítulo de las obras de propaganda por la «Unión Misionera del Clero», Asociación expresamente dedicada a promover todo lo que de alguna manera favorezca la propaganda a favor de las Misiones. Si esta Asociación arraigase firmemente en el Clero católico y se extendiese a todas las Diócesis de las naciones cristianas, tendríamos resuelto el problema de las Misiones.

Porque, no hay que dudarlo, las energías divinas que afluyen del Corazón de Cristo Crucificado, latentes muchas veces en los corazones cristianos, son inmensas, incontrarrestables, arrolladoras. Pero hay que excitar esas fuerzas ocultas, fomentarlas y organizarlas, si se quiere que produzcan los frutos de que son capaces. Jesucristo se comparó a si mismo al grano de trigo oculto en la tierra, el cual había de

(1) Emmo. Dr. Benloch, C. P., pag. 203.

ser muerto para fructificar abundantemente; así dijo en otra parte: Si fuere yo levantado de la tierra, atraeré hacia mí todas las cosas (1).

Grandiosamente manifestó esta verdad la católica España del siglo XVI, en el que, por Providencia especial de Dios, se desplegaron estas escondidas energías de un modo verdaderamente admirable, dando a la Iglesia un nuevo mundo católico. Lo mismo que sucede en el mundo social, acontece también en los individuos.

Casi todos los Fundadores de Ordenes y Congregaciones religiosas fueron en un principio personas oscuras, hasta que la virtud de lo Alto, valiéndose, según los juicios humanos, de circunstancias ajenas a lo que después apareció, los hizo instrumentos suyos en las fundaciones que llevaron a cabo. Santo Domingo de Guzmán, si no hubiera acompañado al Sr. Acebedo en la embajada a Dinamarca, verosimilmente no hubiese fundado la Orden de Predicadores, la primera Asociación apostólica que produjo la fecundidad prodigiosa de la Iglesia. San Ignacio, sin la batalla de Pamplona, probablemente no hubiese

(1) Joann., Cap. 12, vers. 32.

ideado uno de los alcázares más terribles a los enemigos de la Esposa del Cordero. A ambos excitó el Espíritu de Dios, que siempre, suavemente enérgico, despliega sobre la humanidad su virtud creadora, a llevar a cabo sus grandes y atrevidos proyectos, valiéndose de circunstancias que ellos no buscaron.

Si el clero católico en masa se dedica con celo sincero, firme y constante a explotar esta riquísima mina de la caridad cristiana en los corazones de los fieles, quizás no tarde en llegar el día en que se cumpla la palabra del Señor de que las ovejas extrañas a la grey de Jesucristo entren de lleno en el redil de la Iglesia, y veamos que todos somos *uno* en Cristo, como Él lo es con el Padre.

Oigamos de nuevo la augusta voz del gran Papa de las Misiones: «Pero para que estos Nuestros deseos lleguen a verificarse bajo la más segura garantía y con éxito halagador, debéis de un modo especial, Venerables Hermanos, organizar vuestro Clero en punto a Misiones. En efecto: el pueblo fiel siente propensión innata a socorrer con largueza las empresas apostólicas; y así, obra ha de ser de vuestra diligencia saber encauzar en bien y prosperi-

dad de las Misiones ese espíritu de liberalidad.»

«Para el logro de esto, sería Nuestro deseo se implantase en *todas* las Diócesis del mundo la *Liga Misional del Clero*... porque su carácter cuadra perfectamente con el influjo que debe ejercer el Sacerdote, no sólo para despertar interés entre sus fieles por la conversión del paganismo, sino también para que contribuyan a favorecer las obras que llevan Nuestra aprobación (1).

65. ¿Qué es, pues, la *Unión Misional del Clero*, quién la fundó y cuándo apareció en la Iglesia?—La *Pia Unión Misional del Clero* es una *Liga* o *Asociación* de personas pertenecientes al Clero tanto secular, como religioso con el fin de promover en el pueblo católico todas las obras dedicadas a favorecer las Misiones, especialmente las obras aprobadas por la Santa Sede.

Esta *Pia Unión* fué fundada en Italia por el Rvdo. P. Pablo Manna, M. E. M. el cual presentó su proyecto a la Santa Sede en octubre de 1916, valiéndose de Mgr. Guido M. Conforti, Arzobispo-Obispo de Parma. El entonces Prefecto de la S. C. de

(1) Max. illud.

Propaganda, Emmo. Sr. Cardenal Serafini propuso, a su vez, el 23 del mismo mes, a Su Santidad Benedicto XV la aprobación de esta *Unión*; la cual aprobó el Santo Padre de todo corazón, por ser una obra tan oportuna y a propósito para dirigir el espíritu de los infieles hacia la conversión de las infinitas almas que todavía no conocen a Dios.

66. ¿Quiénes pueden ser socios de la *Unión Misional del Clero*?—Pueden asociarse a esta *Unión* todos los Sacerdotes católicos sin distinción ninguna y todos los Clérigos estudiantes de Teología. Todos los socios deben comprometerse a trabajar, en la medida de sus fuerzas, ya de palabra, ya de obra por promover todo lo que sea útil a las Misiones; obligándose también a entregar al Centro directivo una cuota anual, por lo cual recibirán la Revista órgano oficial de la *Pia Unión*.

67. ¿Cómo está organizada esta *Pia Unión*?—Ante todo, hay que tener presente que la *Pia Unión Misional del Clero* está en todo sujeta a la S. C. de Propaganda, bajo cuya dirección suprema debe funcionar, a fin de conservar su carácter propio y la fuerza de unión permanente.

El organismo interno se compone de un

Centro directivo general y de Centros diocesanos. El Centro General consta, 1.º de un Presidente nombrado por la Santa Sede a beneplácito de la misma; 2.º de un Consejo de diez Directores escogidos de las Uniones diocesanas por el Presidente, de acuerdo con los Sres. Obispos respectivos; y 3.º de un miembro religioso, nombrado por cada Orden o Congregación religiosa que tengan Misiones y se asocien a la Unión. El Presidente nombra de entre estos consejeros un Secretario y un Tesorero. Todos los Consejeros duran sólo tres años, si no son reelegidos.

Los Centros diocesanos son establecidos por el Presidente General o por un Consejero, contando con el parecer del Ordinario respectivo, quien nombrará un Director y, a ser posible, una Comisión permanente, encargada de la buena marcha y prosperidad de la Obra.

68. ¿Cómo funcionan los Centros de la Unión?—El Centro General se reúne, en el lugar previamente designado, una vez al año en el mes de marzo, con el objeto de tratar todos los asuntos referentes a la *Pia Unión*; los Centros diocesanos tienen sus juntas en enero, en cuyo mes envían al

Centro General una reseña detallada de todos sus trabajos de propaganda misional.

Todos los socios deben procurar promover de un modo especial entre los Sacerdotes, seminaristas, en las catequesis, en las cofradías, en las asociaciones piadosas, en los Terciarios religiosos, en los ejercicios espirituales, en la prensa católica, etc., todas las obras consagradas al sostenimiento moral, personal, y financiero de las Misiones, ayudándolas cuanto les sea posible. Si en España se desarrolla como se ha propagado en Italia, pronto tendremos organizada una verdadera cruzada, no para matar moros, ni conquistar tierras, sino para ganar los *millones* de almas ahorradas bajo las sangrientas garras de satanás. Dios lo quiere: a los Sacerdotes toca dar la voz de ¡adelante! y completar la Pasión de Cristo...

69. ¿Hay alguna gracia especial concedida por la Santa Sede a la *Pia Unión Misional del Clero*?—El 15 de noviembre de 1918 la Santa Penitenciaría con aprobación del Sumo Pontífice concedió a los socios de la *Pia Unión* las gracias siguientes:

1.^a Indulgencia plenaria con las condiciones acostumbradas los días de la Epifa-

nia, de los Santos Apóstoles, de San Miguel y de San Francisco Javier: una vez al mes en el día que se escoja: en la hora de la muerte, invocando de boca y sino de corazón, el Santo nombre de Jesús.

2.^a Cien días de indulgencia por cada obra hecha en favor de las Misiones.

3.^a Los Sacerdotes, aprobados para oír confesiones, pueden bendecir, fuera de Roma, con sólo la señal de la Cruz las coronas, rosarios, cruces, medallas, estatuitas aplicándoles las indulgencias apostólicas. (Act. S. S. 5 sep. 1914). Pueden también aplicar, con sólo la señal de la cruz, las indulgencias de los Crucíferos a los Rosarios ordinarios de la Virgen: pueden bendecir e imponer, conforme al ritual, los escapularios de la Pasión, de la Inmaculada, de la Santísima Trinidad, de los Dolores de la Virgen y del Carmen; para estos tres últimos se prescribe la inscripción en la Cofradía: pueden bendecir con sólo la señal de la cruz los Crucifijos con aplicación de las indulgencias del Via-Crucis para los que no pueden hacerlo: lo mismo pueden hacer con los Crucifijos para la hora de la muerte con indulgencia plenaria para los que los besen o toquen devotamente. Finalmente les concede privilegio de altar

por cuatro días a la semana, si no gozan de él por otro concepto.

El 20 de marzo de 1910, nuestro Santísimo Padre, Benedicto XV, concedió a los Sacerdotes de la *Pia Unión*, aprobados para oír confesiones, la facultad de bendecir las Coronas de los siete Dolores de la Santísima Virgen con todas las indulgencias a ella anejas. Además, les autoriza para bendecir e imponer con una sola fórmula los escapularios para los cuales estén autorizados.

70. ¿Cuáles son las obras que deben promover los Socios de la *Pia Unión*?
—No será supérfluo advertir que todos los miembros o socios de cofradías, pias uniones de religiones, Terciarios, etc., sin perder nada de sus privilegios, ni indulgencias, pueden unirse a cualquiera de las Obras benéficas de las Misiones, gozando a la vez, de las gracias y privilegios de las mismas. No hay incompatibilidad entre las unas y las otras; al contrario, las segundas pueden ser muy bien como expansión de la caridad de las primeras, porque la caridad cuanto más se ejercita, tanto arde con mayor fervor y tiende vehementemente a difundirse en los prójimos.

Lo que primero recomienda nuestro

Santísimo Padre en su epístola sobre las Misiones es la oración y «como para este efecto hállese ya establecida la asociación llamada el «Apostolado de la Oración», «queremos recomendarle aquí encarecidamente a todos los buenos cristianos, rogándoles quieran pertenecer a sus filas, para que así, sino de obra, al menos por el celo, sean compartícipes de las fatigas apostólicas.» *Maximum illud.*

¡Ah! si todas las almas piadosas, a una, clamaran a Dios, pidiéndole misericordia para los gentiles, cuántos más entrarían en las bodas del Cordero. El mismo Redentor nos exhorta a que roguemos al Señor de las mieses, suplicándole envíe operarios a recogerlas, porque ya blanquean. ¿Quién, pues, que se precie de amar a Jesús, dejará de acoger con ardor tan amorosa invitación?

Por lo tanto, lo que ante todo deben procurar los miembros de la *Unión Misional* es orar, orar, orar y hacer que todas las personas a quienes traten hagan lo mismo; para esto no es necesario más que tener buena voluntad; no cuesta más que el querer; no hace falta sudar, ni realizar desembolso alguno, sino poseer una cari-

dad celosa y presentar fervorosas plegarias a Dios.

71. ¿Qué es el Apostolado de la Oración?—El Apostolado de la Oración es una piadosa asociación, cuyo objeto es orar y ofrecer a Dios todo lo impetratorio de las buenas obras que hacemos unidos a la intención con que el Sagrado Corazón de Jesús se ofrece en sacrificio a su Eterno Padre por los hombres.

72. ¿Qué se requiere para ser socio del Apostolado?—Para ser socio del Apostolado, se exige inscribirse en la asociación y recibir la cédula correspondiente. Hay tres grados de socios; pertenecen al primero los que cumplen con el ofrecimiento diario de sus oraciones y obras en unión del Sagrado Corazón de Jesús: son del segundo grado los que, además de lo dicho, ponen por intercesora a la Santísima Virgen María para con el Sagrado Corazón, rezando al objeto diariamente un Padre nuestro y diez Ave María: los socios de tercer grado tienen como propio hacer semanalmente, o al mes una comunión reparadora, según los estatutos propios. Las indulgencias propias del tercer grado no las ganan los del segundo, ni las propias de éste, las pueden ganar los

del primero; pero las de éste, las ganan todos. Por no alargarnos demasiado, no copiamos aquí las muchísimas indulgencias concedidas a esta piadosa Asociación; pueden verse en el Manual.

73. ¿De qué modo está organizado el Apostolado?—El Apostolado tiene por Director general al Reverendísimo Padre Preósito General de la Compañía de Jesús; 2.º un Delegado general en Tolosa de Francia; 3.º Directores diocesanos, nombrados por uno de los primeros; 4.º Directores locales, nombrados por los diocesanos, con anuencia de los Señores Obispos; 5.º cada grupo de treinta socios, esté o no completo, tiene un Celador por cada diez con el encargo de promover con celo el progreso y buena marcha de la Obra.

74. El segundo medio de socorrer las Misiones, recomendado por S. S. Benedicto XV, es fomentar las vocaciones para el ministerio apostólico, ¿es muy necesario este medio para el progreso de las Misiones?—Siendo el personal evangelizador el medio imprescindible ordenado por Dios para la salvación del mundo, ya se ve la importancia suma de fomentar las vocaciones en los corazones inclinados al sagrado ministerio, o a las obras de evan-

gelización. A todos los que arden en el celo de Dios y desean ver extendido su Reino por todo el mundo, incumbe el deber caritativo de indagar, fomentar y dirigir las personas inclinadas a dedicarse a las Misiones, a fin de desarrollar y hacer crecer en ellas este gérmen evangélico de una manera suave y recta; pero intensa y sólida, hasta llegar a la plenitud de la medida de Cristo ¡Ah! el gozo que en el cielo sentirá un alma por haber llevado otras al seno del Padre celestial, será inmenso; quizás el mayor después de la visión beatífica.

Según cálculos de los estadistas, la población total del mundo asciende a más de dos mil millones; sin embargo, el número de católicos aún no llega a tres millones... ¡Para la conversión de más de mil setecientos millones de los no católicos, sólo hay actualmente empleados 13.770 Sacerdotes misioneros, 5.270 auxiliares varones, con 21.320 del devoto sexo: la desproporción es enorme, abrumadora; pues, apenas hay un Misionero por cada 135 mil infieles.

Esto nos muestra con evidencia aterradora la gran falta de operarios en las Misiones. Y, ¿quién sintiendo en sí el estímulo

de la caridad, se estará con las manos quietas sin hacer algo en favor de esa muchedumbre inmensa de almas que yacen alestargadas bajo el poder de las tinieblas?...

El tercer medio que el gran Papa de la paz y de las Misiones encarecidamente recomienda a todos los fieles, es la limosna. «Finalmente, dice Su Santidad, requiérense para las Misiones los subsidios no pequeños de bienes materiales, mucho más ahora que la guerra ha hecho crecer enormemente las necesidades de las Misiones...» «Por esto Nos deseamos que los católicos todos cooperen con su liberalidad a sostener aquellas obras instituidas principalmente a favor de las Misiones. Ante todo debe contarse la Obra llamada de la Propagación de la fe, muchas veces alabada por Nuestros Predecesores (1).»

75. ¿Qué es, pues, la Obra de la Propagación de la fe?—La Obra de la Propagación de la fe es una Pia Asociación benéfica dedicada a socorrer la Misiones de todo el mundo mediante la oración y la limosna. Para cumplir lo primero, basta rezar todos los día un *Padre nuestro* y una *Ave María*, añadiendo; *San Francisco Ja-*

(1) Max. illud.

vier, ruega por nosotros: para cumplir con la limosna, hay que dar semanalmente *cinco céntimos* de peseta a la Obra.

76. ¿Cuándo se fundó, y cómo está organizada la Asociación de la Propaganda de la Fe? — Esta Asociación se fundó en Lyón el 3 de mayo del año 1822, y fué aprobada por la Santa Sede el 25 de marzo de 1823; en España no se fundó oficialmente hasta el año 1883.

La Obra está sujeta a la alta dirección de la Sagrada Congregación de la Propanda de la Fe; en Lyón y en París están los dos Centros supremos de la misma, en cada nación hay un Centro general, compuesto de Presidente, Secretario, Tesorero y algunos Consejeros-Vocales. En España la Junta Central está en Madrid, siendo su Presidente oficial, el Eminentísimo Primado de Toledo. Hay, además, Juntas diocesanas, presididas por los Ordinarios, y Juntas locales, presididas por los Reverendos Párrocos; cada Junta está organizada al modo de la Central añadiendo a los Arciprestazgos un Corresponsal, en las Parroquias un Recaudador y por cada grupo de diez Socios un Celador; todos estos oficios en España son actualmente desempeñados por señoras. Para ser Socio basta cumplir con las

dos obligaciones propias de la Obra (1).

77. Las limosnas recibidas por la Obra de la Propagación de la Fé ¿son suficientes para cubrir los gastos de las Misiones?—De ninguna manera; pues, siendo las Misiones unas 350 con más de ochenta mil personas ocupadas en la evangelización de los infieles y catecúmenos, si no hubiese otros recursos, con lo recaudado por la Obra no habría para repartir *cien* francos anuales por persona. Si comparamos esta miseria, como la llama Su Santidad, con la munificencia desplegada por los Protestantes para la propagación del error, se caería el alma a los pies, a no tener presente la virtud del Omnipotente que escoge la nada para confundir el orgullo humano y la malicia de Lucifer.

Los protestantes disponen actualmente de más de *treinta millones* de dolares (2) para repartir en sus misiones, y los católicos apenas pueden contar con *dos millones*... ¿Es que entre los católicos no hay millonarios que podrían con su caridad generosa centuplicar la caridad de los pobres, haciendo que el grano de mostaza se con-

(1) Los privilegios y gracias véanse en el Reglamento.

(2) El Dolar vale más de 7 pesetas.

virtiese en arbol frondoso? ¡Ah! da vergüenza semejante anomalía entre los que apenas creen en la divinidad de Jesucristo (1), y los que participamos de la plenitud de los méritos de la preciosa Sangre del Redentor...

«Otra de las Obras, continua el Santo Padre, que Nos recomendamos con todo encarecimiento, es la Asociación de la Santa Infancia, cuyo objeto es procurar el bautismo a los niños moribundos de los infieles. Esta Obra es tanto más recomendable, cuanto nuestros niños pueden pertenecer a ella, y así, comprendido desde pequeños cuán grande es el don de la fe, aprendan a comunicarlo a otros con su cooperación» (2).

78. ¿Qué es la Obra de la Santa Infancia?—La Obra de la Santa Infancia es una Asociación bienhechora con el fin de rogar a Dios y de socorrer con limosnas para rescatar niños y niñas infieles abandonados por sus padres, educarlos en la Religión cristiana, y bautizar a los que se hallen en peligro de muerte aunque estén en poder de sus padres infieles.

(1) Hay sectas protestantes que la niegan.

(2) Max. illud.

79. ¿Quién fundó la Obra de la Santa Infancia, y cuándo se organizó en España? —La Obra de la Santa Infancia también nació en Francia, nación verdaderamente fecunda en Obras de propaganda y de beneficencia. Mgr. Carlos de Forbin Janson Obispo de Nancy, hacía tiempo que ideaba un medio perenne para socorrer la niñez gentílica, principalmente en China, mediante la niñez cristiana; quería que los niños cristianos tuvieran su parte en la evangelización del paganismo, como la tenían ya los adultos, uniéndose a la Obra de la Propagación de la Fé. Al efecto, Mgr. Janson recorrió la Francia y la Bélgica interesando a favor de su plan a toda clase de personas, seculares y religiosas, príncipes y plebeyos; por fin, de vuelta a París el año 1843, el 20 de Junio, pudo dar por fundada la Obra de la Santa Infancia en memoria de los doce años del Niño Jesús y para rescate de niños infieles. Trece años después, el 18 de Julio de 1856, el Papa de la Inmaculada, el inmortal Pio IX, expedía el Breve apostólico de aprobación, recomendándola a todos los católicos, como obra por excelencia cristiana.

Tres años antes de este Breve Pontifi-

cio, la Santa Infancia era fundada en España por el Eminentísimo Cardenal Bonel, Arzobispo de Toledo, habiendo obtenido de antemano la aprobación de Su Majestad Católica la Reina Doña Isabel Segunda y de su Gobierno. Establecióse en Madrid el Consejo Central de la Obra en España, siendo nombrado Presidente de ella el Cardenal Primado.

El año 1854 se establecieron Centros Diócesanos en Zaragoza y en Menarca; el 1855 en Sevilla; el 1856 en León, Alcalá de Henares, Pamplona, Cadiz, Burgo de Osma, Palencia y Huesca; el 1861 en Calahorra; en 1863 en Badajoz, Almería y Vich; en 1865 en Vitoria, Astorga, Sigüenza, Valladolid y Tarazona; el 1866 en Toledo, Barcelona, Santiago, Valencia, Tortosa, Tuy y Lérida; el 1867 en Jaca, Segorbe, Lugo, Burgos, Granada, Urgel, Coruña, Cuenca, Córdoba y Segovia; el 1968 en Jaén, Zamora y Orense; el 1873 en Avila y en 1914 en San Sebastián. (1) Actualmente sólo continúan en su Obra unos 18 Centros Diócesanos; pero desde la Carta Apostólica de Su Santidad, Benedicto XV, se nota ya un resurgimiento consolador en favor de dicha Obra.

(1) Archivo de la Central de Madrid.

El año 1920, la Santa Infancia recaudó en nuestra Patria 78.946 pesetas, cuando ha habido naciones que llegaron a pasar de un millón. La Asociación, desde su origen hasta el presente, ha distribuido a las Misiones más de cien millones de francos, salvando de la muerte eterna a más de veinte millones de criaturas; y actualmente, el promedio anual de rescates o bautismos de párvulos que la Santa Infancia envía al cielo, es de medio millón de angelitos,...

¡Qué hermosa Obra! ¡Cómo rogará ante el Trono del Cordero ese ejército de criaturas inocentes por los niños y niñas que les han abierto las puertas del Paraíso!

80. ¿De qué manera está organizada la Obra de la Santa Infancia?—La Santa Infancia está organizada en Centros o Consejos compuestos de Director, Secretario, Tesorero, Consejeros, y Colecteros o Celadores. Los Centros son locales, diocesanos, generales y centrales. Todos ellos están subordinados a la Sagrada Congregación de Propaganda. Los Consejos Centrales son dos, residentes uno en París y el otro en Lyon; los generales están en cada nación donde haya organizada la Obra, el de España reside en Madrid.

Los Socios están agrupados en Series de doce, doce de éstas forman una Subdivisión, doce de éstas una División; de modo que cada División cuenta con 1728 Socios.

Todas las Series tienen un Colector o Celador encargado de reunir a sus compañeros para las funciones mensuales, de recoger las limosnas, hacer que todos lean los «Anales» y procurar que nunca falte el número de doce socios en su Serie; cuando alguno muera o se dé de baja, debe buscar otro para completar el número. Todos los socios, al ingresar en la Asociación, reciben una estampa y una medalla; cada Serie recibe un número de los «Anales de la Santa Infancia».

81. ¿Quiénes pueden ser Socios de la Santa Infancia?—Pueden ser Socios de la Santa Infancia todos los niños y niñas desde su bautismo, con tal de que los encargados de ellos, hasta que los niños puedan hacerlo por sí mismos, recen diariamente un *Ave María*, añadiendo: *Virgen María, ruega por nosotros y por los pobres niños infieles*. Además debe dar al mes cinco céntimos de peseta para la Obra de la Santa Infancia. Hay tres clases de Socios, propios, agregados y perpétuos.

Son Socios propios los niños y niñas hasta los doce años de edad; estos mismos si siguen cumpliendo con las obligaciones de la Asociación, se llaman agregados hasta los 21 años; pasan a ser perpetuos, si continúan cumpliendo, y, además, se agregan a la Obra de la Propagación de la Fe. También se llaman perpétuos socios las personas que de una vez den *cien* pesetas a la Obra.

Las fiestas que celebra la Asociación, así como las indulgencias que ganan, gracias y privilegios concedidos a los Socios pueden verse en el Manual de la Santa Infancia.

Otra de las Obras expresamente recomendada por el Santo Padre en su Epístola Maximum, es la Obra de San Pedro para ayudar con limosnas a la formación del Clero indígena en las Misiones.

«...Es indecible lo que vale para infiltrar la fe en las almas de los naturales el contacto de un Sacerdote indígena del mismo origen, caracter, sentimientos y aficiones que ellos, ya que nadie puede saber como él el modo de insinuarse en sus almas».

«Mas, para que el clero indígena produzca el fruto apetecido, es absolutamente

te indispensable que esté dotado de perfecta formación» (1).

Como esa perfecta formación de que habla Su Santidad exige una larga carrera con gastos no pequeños, gastos que las Misiones por sí mismas no pueden sufragar, de ahí la necesidad absoluta de acudir a su socorro. Este es, pues, el objeto propio de la *Obra de San Pedro*.

101. ¿Cuándo se fundó esta Obra y cómo alcanza su fin propio?—La Obra de San Pedro Apóstol se fundó en Francia el año 1889, con ocasión de algunas cartas de los Obispos Misioneros en las que se lamentaban de la gran falta de clero indígena en las Misiones, y de la imposibilidad de formarlo convenientemente por la escasez de recursos. La Santa Sede varias veces encomió Obra tan necesaria para la formación ordenada y constante del clero nativo en las Misiones, por ser de absoluta necesidad para el completo desarrollo de la Iglesia entre los naturales, principalmente en caso de ser desterrado el clero extranjero, como se evidenció en el Japón, en el siglo XVII. Finalmente, el 26 de Abril de 1920, ha sido definitivamente

(1) Bened. XV. Max. illud.

aprobada por el actual Sumo Pontífice, agregándose Él mismo a la Asociación y favoreciéndola con 50.000 (cincuenta mil) liras, añadiendo otras cincuenta mil para el sostenimiento de un Sacerdote en el Vicariato Oriental de Chekiáng, China, el cual Sacerdote se llamará: «el Misionero del Papa».

La Obra admite tres clases de socios, llamados *Fundadores*, *Bienhechores* y simples Socios.

Llámanse *Fundadores*, las personas que dan fondos suficientes para con los réditos mantener un seminarista nativo durante toda su carrera eclesiástica. Son *Bienhechores*, los que anualmente, por uno o más años, entregan la limosna necesaria para el sustento de un seminarista durante el año. Son, finalmente, simples Socios los que ayudan con cualquier cantidad que no baje de una peseta al año.

En correspondencia de gratitud, los Seminarios de Misiones, favorecidos por la Obra, aplican al año doce Misas por las personas caritativas que las favorecen; todo Seminarista, al cantar Misa, durante el primer mes, celebra una Misa con la misma intención; y los que han sido socorridos, por lo menos durante seis años,

aplican cinco Misas por sus bienhechores al recibir la noticia de su muerte.

102. ¿Cómo está organizada la Obra de San Pedro?—Para el buen gobierno de la Obra hay en Roma un Consejo General, nombrado por la Sagrada Congregación de Propaganda, y formado de personas de todas las naciones que favorecen la Obra; en cada nación se establece un Consejo Nacional, cuyo Director es nombrado por Roma; este Director presenta a la aprobación de Roma sus Consejeros y los Directores de los Consejos Diocesanos, con anuencia de sus Ordinarios respectivos; los Consejeros del Comité diocesano y de los comités locales son nombrados por el Director diocesano; de esta manera están todos los funcionarios perfectamente organizados, para obrar de común acuerdo en todo lo concerniente a la Asociación.

La Administración general de la Obra está en Roma, Via Giusti, número 12; y en Suiza, Friburgo, Rue Grande Fontaine, número 41, el Comité Social de la Obra.

Las indulgencias y gracias concedidas a la Asociación, el 2 de Julio de 1920, pueden verse en el Reglamento de la Obra y en el Acta Sanctae Sedis.

103. ¿Hay muchos Sacerdotes indígenas en las Misiones?—Con relación a la falta de personal y a la abundancia de miés que por todas partes se presenta, hay poquísimos; he aquí la última estadística. En Japón hay 60, en China 840, en la Indochina 707, en la India 850 y en Africa 40. Estas cifras son bastante elocuentes para que necesiten comentarios, atendidos los millones de infieles por convertir, y la escasez de Misioneros en todas las Misiones.

La Obra de Catequistas

Se ha dicho, con muchísima verdad, que el Misionero no puede dar un paso en su obra evangelizadora sin ayuda del Catequista, y que éste es la mano derecha del Misionero. El carácter sacerdotal del Misionero, aun del indígena; la obligación de administrar los Santos Sacramentos, de instruir a los fieles, etc., son muchas veces obstáculo insuperable para introducirse en los hogares de los catecúmenos, y enseñarles convenientemente los misterios de la fe y la doctrina de la Iglesia. Todo lo cual pueden hacer muy bien los Catequistas instruidos y fervorosos. De ahí la necesidad urgente de formarlos con toda di-

ligencia; para lo cual son indispensables recursos pecuniarios.

104. ¿Hay, pues, alguna Obra fundada y aprobada por la Santa Sede para el sostenimiento de Catequistas?—No sabemos que se haya fundado con carácter universal una Obra para Catequistas; pero sí las hay particulares. Los Misioneros *ad Exteros* de Milán tienen la Obra pia de San Francisco Javier para Catequistas. En esta Obra hay miembros ordinarios, y son los que a voluntad dan anualmente cualquier cantidad para el fin de la Obra; los hay llamados Celadores, que entregan al año la cantidad suficiente para el mantenimiento de un Catequista, bien sea cantidad recogida por ellos, o bien dada de lo propio; esta cantidad suele ser de cien pesetas. Los que ofrecen de una vez 3.000 (tres mil) pesetas, son miembros perpétuos, sin obligación de dar más. Todos ellos, para participar de las indulgencias propias de la Obra, deben rezar diariamente un *Padre nuestro* y una *Ave María*, añadiendo: «San Francisco Javier, ruega por nosotros y por los pobres infieles.»

Los Celadores y los que juntamente con cada uno de ellos dan la cuota suficiente para el sostenimiento de un Catequista, re-

ciben un diploma especial y la revista de Milán «Le Missioni Catholiche»; además, se aplica a favor de ellos tantas Misas anuales, como Catequistas sostengan. Los Miembros perpetuos tienen derecho a una Misa anual perpetua que la Sociedad les aplica (1).

Círculos Misionales de la Juventud

105. ¿Qué son los Círculos Misionales de la Juventud?—Los Círculos Misionales de la Juventud son reuniones periódicas de jóvenes asociados, a fin de promover los intereses tanto espirituales como materiales de las Misiones.

106. ¿De qué medios se sirven los Círculos Misionales para conseguir su objeto?—El primer medio, es, la unión o agrupación de cierto número de jóvenes bajo un Director que les guíe en todo lo concerniente al fin propio de la Asociación. El segundo medio, es la reunión en días señalados para instruirse en los asuntos y doctrinas misionales, bien sea por medio de lecturas o conferencias, bien por medio de ejercicios devotos, o para distribuirse los trabajos que cada socio ha de llevar a ca-

(1) P. Manna., pág. 360. La Conversione del mondo infidele.

bo, dar cuenta de lo hecho y entregar las limosnas recibidas. El tercer medio es dar alguna limosna a las Obras misionales o agregarse a ellas. El cuarto medio es la propaganda fervorosa y constante, de palabra o por escrito, difundiendo hojas misionales, procurando suscripciones a las Revistas misioneras, pidiendo limosnas, fundando Obras propias de Misiones, interesándose por la prosperidad de las ya establecidas, etc. El quinto medio es procurar la reunión o Liga de varios Círculos, estableciendo Centros directivos, para que, todos unidos, formen una verdadera Cruzada general misionera en todas las clases sociales de católicos, fomentando en todos el entusiasmo por la propagación de la fe.

107. ¿Dónde conviene formar los Círculos Misionales de jóvenes? — Donde quiera que haya agrupaciones de éstos, como son las escuelas, colegios, seminarios, universidades y en toda clase de centros docentes, de cofradías, asociaciones etc., etc.

108. ¿Hay alguna Obra instituida bajo la forma de Círculos Misionales? — En España tenemos la Obra de los doce Apóstoles para los niños estudiantes, y la Obra de los Angeles para las niñas. Los socios de estas dos Obras pertenecen todos a la

Obra de la Santa Infancia, añadiendo a las obligaciones de ésta, las propias del Círculo, que son: rezar un rosario y hacer una comunión semanal por las Misiones, tener las reuniones señaladas, que en los Seminarios se llama Academia Misional, celebrar algunas fiestas al año y el día de las Misiones, que suele ser por Navidad o Reyes. Cada coro de doce tiene un Jefe Celador, y doce Celadores constituyen la Comisión Directiva. Durante las vacaciones, se ocupan en hacer propaganda y recoger limosnas.

En los Estados Unidos de América del Norte, se ha organizado entre la juventud estudiosa, de segunda enseñanza y de facultades superiores, la Cruzada Misional, que se dedica especialmente a promover todas las Obras de Misiones, organizándolas bajo sólidas y permanentes bases, con mútua relación de todos los Centros con un Centro General, el cual se compone de un Presidente, de una Comisión ejecutiva, de un Consejo de varios individuos y de un Secretario.

El Presidente y los miembros del Comité ejecutivo son elegidos por los Diputados de todos los Centros unidos. El Presidente y la Comisión eligen los Con-

sejeros y Secretario. Todos los Centros, cada cuatro meses, envían al Centro General una relación detallada de los trabajos realizados, del estado y necesidades propias, remitiendo a la vez una cuota de cinco reales por socio para los gastos generales de la Cruzada. Los frutos de esta Cruzada Misionera no pueden ser más halagüeños; pues han extendido el entusiasmo misionero por toda la gran República Yanki y han recogido, en un sólo año, más de medio millón de dólares, o sea, tres millones y medio de pesetas...

109. ¿Qué me dice V. de la cooperación del sexo devoto en las Obras Misionales?—Que así como en la creación del mundo decretó Dios dar una compañera al hombre, porque, dice el Sagrado Texto, *no es bueno que el hombre esté sólo*, de parecida manera, en la redención de la humanidad caída, no quiso Dios que el hombre fuese el único instrumento del Espíritu regenerador de las almas. En efecto, además de la parte excelente que a la Santísima Virgen María cupo en los misterios de la Encarnación, manifestación y Redención, llevada a cabo por el Verbo hecho carne, observamos en el nuevo Testamento, cuatro clases de muje-

res cooperadoras a la Obra evangelizadora. Son estas devotas almas, las Vírgenes consagradas a Dios, las Diaconisas, ocupadas en instruir a las catecúmenas, las Viudas dedicadas a las obras de caridad y las Matronas hospederas, proveedoras y protectoras de los Apóstoles.

De éstas últimas, varias veces se hace honrosa mención en el santo Evangelio, en los Hechos Apostólicos y en las Cartas de los Apóstoles. San Lucas (1) nos dice que muchas mujeres seguían a Jesús en sus predicaciones por los pueblos, socorriéndole con lo que ellas tenían. De la suegra de Simón-Pedro, dice el mismo Evangelista, (2) que luego de curada por el Señor, se levantó y les servía. De Marta dice, también, que recibía en su casa a Jesús y a sus Apóstoles y que andaba solícita en obsequiarlos.

En el capítulo nueve de los Hechos Apostólicos se nos relata el tierno drama de las Viudas y pobres de Jope, rodeando a San Pedro y mostrándole, con lágrimas en los ojos, los vestidos que les hacía Dorcas que acababa de morir, la cual San

(1) Luc., Cap. 8, vers. 3.

(2) Luc., Cap. 4, vers. 39.

Pedro resucitó, movido de los ruegos y lágrimas de las desoladas viudas pobres. En el capítulo 16, se refiere que la mujer de un Tintorero recién bautizada, obligó a San Pablo y a sus compañeros a hospedarse en su casa.

San Pablo, en sus instrucciones pastorales a Timoteo, le explica detalladamente las buenas cualidades que deben tener las Viudas dedicadas al servicio de las Iglesias y las Diaconisas. De las cualidades de las Vírgenes consagradas a Dios, habla largamente el Apóstol en sus cartas a los Corintios. Todos estos pasajes de la Sagrada Escritura, así como la historia eclesiástica de los primeros siglos de la Iglesia, manifiestan con luz meridiana la gran influencia de las mujeres piadosas en la propagación de la fe.

110. ¿Qué parte toma el piadoso sexo en la propagación de la fe en los tiempos modernos?—A tres clases de cooperación se pueden reducir los trabajos del sexo devoto en favor de la propagación de la fe en nuestros tiempos. La primera es la cooperación espiritual de las vírgenes consagradas a Dios en los vergeles de la Esposa del Cordero, las cuales con sus oraciones, comuniones y penitencias apla-

can la ira de Dios, compelida continuamente a descargar sus golpes justicieros sobre la humanidad prevaricadora y provocadora de la ira divina. Más, estas vírgenes prudentes con sus castos sacrificios unidos a los del Cordero que quita los pecados del mundo, trocan la ira de Dios en misericordia, haciendo descender de los cielos torrentes perennes de gracias sobres los Misioneros y sobre los corazones de los infieles, haciéndolos dóciles a la suave y poderosa voz del Pastor de las almas, para que abracen la fe y vivan sobria, justa y piadosamente la vida de Cristo. ¡Cuántos infieles deberán su conversión, por ejemplo, a la enamorada de las Misiones y Misioneros, Sor Teresita de la Santa Faz! Si todas las Religiosas encerradas con el Esposo de las almas, se unieran en cruzada compacta de oraciones, comuniones y penitencias a favor de las Misiones y Misioneros, sería inmenso el fruto de bendición que aportarían a la Iglesia.

La segunda clase de cooperación del sexo devoto a las Misiones es el de aquellas Hermanas auxiliadoras que personalmente se trasladan a los países infieles, donde se dedican a toda clase de obras

benéficas, que los Misioneros no pueden practicar por si mismos. Estas poderosas auxiliares de la evangelización de infieles, desde que las Hijas de San Vicente de Paul entraron en las Misiones, se han multiplicado de una manera consoladora; hoy dia cuenta la Iglesia de Jesucristo con un verdadero ejército de piadosas mujeres que trabajan con encendido celo y muchísimo fruto en la viña del Señor.

La tercera clase de cooperadoras a la magna obra de la conversión del mundo infiel es la de aquellas piadosas mujeres que en los países católicos se asocian en variadas formas, a fin de ayudar a las Misiones con oraciones, limosnas, propaganda y labores propias de sus delicadas manos.

De estas últimas cooperadoras hablaremos brevemente en este Catecismo a fin de que las almas celosas de la salud eterna de los infieles, sepan dónde acudir para hacer fructuosos sus trabajos en favor de las Misiones.

La Obra Apostólica

111. ¿Qué es la Obra Apostólica?—La Obra Apostólica es una Asociación de Señoras, de toda edad y condición, amantes

de las Misiones, que se reúnen semanalmente para confeccionar toda clase de ropas necesarias al culto divino, las cuales anualmente remiten a las Misiones, según las notas recibidas de los señores Vicarios Apostólicos conforme a las necesidades de sus Misiones respectivas. Estas Señoras se dedican también a coleccionar limosnas y donativos para comprar toda clase de objetos de culto y de religión.

Tiene esta Asociación dos Centros principales, en París y Orleans, donde primeramente se fundó en el año 1838 por la piadosa Señora Duchesne; hay sucursales por toda la Francia, y apenas habrá ciudad donde no esté instalada esta benéfica Obra.

Asociación de las Señoritas Auxiliadoras de las Misiones en España

112. ¿Cuál es el objeto de la Asociación de las Señoritas Auxiliadoras de las Misiones en España, quién y cuándo la fundó?—El objeto particular de la Asociación española de las Señoritas Auxiliadoras de las Misiones es ayudar a los Misioneros españoles donde quiera que ejerzan el ministerio apostólico, enviándoles, por turno correspondiente, toda clase de obje-

tos de culto, administración de Sacramentos, de devoción y ropas de vestir para los pobres indígenas de las Misiones.

La Asociación fué fundada en Madrid, el año 1887, por la Señorita Condesa de Armildez de Toledo con anuencia del entonces Obispo de Madrid-Alcalá, Don Ciriaco Sancha, el cual dió el año siguiente su aprobación oficial, confirmada, el año 1890 por el Sumo Pontífice León XIII, quien dió, además, el título de Primaria a la de Madrid, subordinando a ella todas las que en España se fundasen. Dioles también Su Santidad varias indulgencias.

Esta Asociación Misional se ha extendido por toda España, contando actualmente veinticuatro Secciones; las Socias pasan de ochocientas y las honorarias de trescientas. Desde su fundación ha socorrido a unas cuarenta Misiones, contando los envíos repetidos. Hasta el año 1912 envió a las Misiones doce altares portátiles, 20 cajas de administración, 10 Sagrarios, 46 custodias, 205 vasos sagrados, 1.245 de otros varios objetos para el culto, 14 Via-crucis, 106 imágenes y cuadros, 5 campanas de torre, 9 palios para acompañar al Santísimo, 18 estandartes, 633 ornamentos sagrados, 345 cortinillas de sa-

grarios, 208 cubre-copones, 633 albas, 228 roquetes, 2.123 amitos, 3.032 corporales, 6.193 purificadores, 4.515 lavabos, 862 manteles de altar, 44.968 prendas de vestir y una multitud de escapularios, medallas, crucifijos, rosarios etc.

El año 1920 socorrieron estas caritativas Señoras con 7.510 objetos a los Padres del Sagrado Corazón de María de Fernando Poó, con 205 a los Padres Jesuitas de las Carolinas y con 7.197 a los Padres Dominicos de Amoy (China).

113. ¿Cómo está organizada esta benéfica Asociación?—La Asociación se compone de Socias activas, que son Señoritas solteras, y de Socias honorarias, que son las mismas Socias activas al tomar estado, si desean continuar trabajando en favor de la Asociación.

Las socias activas de cada Sección tienen su Presidenta, Secretaria, Tesorera, Celadora y Colectora; todos los meses tienen su junta respectiva, en la que las Socias entregan sus labores terminadas y se encargan de otras para el mes entrante. Cada Socia entrega también su cuota mensual y los donativos o limosnas recogidas para el fin de la Asociación.

Todas las Secciones de Provincias en-

vían anualmente a la Primaria de Madrid todas sus labores, donativos y limosnas, para ser todo expuesto al público antes de su envío a Misiones. En la Secretaría Central se guardan los recibos de los Procuradores de las Misiones y las cartas de los Misioneros.

114. ¿Cuáles son las indulgencias de que gozan las personas asociadas?—1.º Indulgencia plenaria, con las condiciones ordinarias, el día del ingreso en la Asociación. 2.º en el artículo de la muerte y 3.º otra, con las condiciones sabidas, el día 21 de Noviembre. 4.º Indulgencias de siete años, visitando una iglesia y rogando a intención del Sumo Pontífice, los días del Patrocinio de la Santísima Virgen, del santo Angel de la guarda y de San Francisco Javier. 5.º Indulgencia de setenta días por cada obra buena de las prescritas por la Asociación. Además, las religiones de los Capuchinos, Franciscanos, Agustinos, Dominicos, Carmelitas, Jesuitas y del Venerable P. Claret han hecho participantes de sus respectivas obras satisfactorias a las Socias de esta Obra benemérita.

115. ¿Hay otras Asociaciones de mujeres auxiliadoras de las Misiones?—Si

señor. En España hay otras no agregadas todavía a la Central de Madrid. En Italia hay la de Milán fundada en 1911, las hay también en Alemania, Holanda, Bélgica, Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos, Argentina y Perú. En París existe una Asociación especialmente dedicada a proveer a los nuevos Misioneros de todo su equipaje, pagándoles también el gasto de su primera ida a las Misiones.

En Austria, en Salesburgo, la Condesa de Ledochouska fundó una sociedad de Señoritas, titulada de San Pedro Claver, con el fin de socorrer las Misiones de Africa y rescatar esclavos; fué aprobada por la Santa Sede el año 1894 y enriquecida con indulgencias.

Esta Sociedad, para conseguir su objeto, se vale de la propaganda especialmente por escrito, de la promoción y fomento de vocaciones para Misioneros, de los donativos y limosnas, del trabajo manual y una cuota mensual de las Socias y de otros bienhechores.

Los frutos abundantes de esta Sociedad han merecido repetidos elogios de la Santa Sede. Actualmente editan cuatro Revistas; las conferencias, discursos, reuniones organizadas para promover los intereses

de las Misiones africanas son innumerables. Con los socorros enviados a Africa han rescatado 5.633 esclavos; frutos son también de sus trabajos los 25.000 paganos bautizados, 152 niños adoptados con 69 catequistas y 155 seminaristas y 72 becas perpétuas.

Recientemente, en nuestra patria, los Padres Carmelitas de Pamplona han fundado, con aprobación de la Santa Sede, una pia Unión para recoger limosnas en favor de las Misiones Carmelitanas de la India. La Unión consiste en agruparse cinco personas en honor de las cinco letras del Santo Nombre de María, dando mensualmente una limosna a voluntad; si una sola persona da lo equivalente a varias, le basta agruparse las necesarias para formar el coro de cinco; y si ella sola da por cinco, con esto forma sola un coro. Para participar de las indulgencias, se debe acompañar la limosna con alguna oración vocal; aun los difuntos pueden ser agregados a la Unión, si alguno cumple por ellos las obligaciones de asociado. La Central de esta piadosa Obra está en Pamplona y las limosnas se reciben en cualquier casa de religiosos o religiosas Carmelitas. (1)

(1) Revista «Obra Maxima» núms. 2 y 3.

116. ¿Hay alguna otra Asociación u Obra favorecedora de las Misiones? — Como la caridad cristiana es inagotable, no nos es posible señalar en detalle la multitud de Obras que de su fecundo seno han brotado; sin embargo, no pasaremos por alto otra obra que en la propagandista Francia apareció el año 1856. Es esta la Obra de las escuelas orientales, cuyo objeto es trabajar con fervor por la unión de las iglesias orientales cismáticas con la Iglesia Católica. Los medios inmediatos son la fundación de escuelas y seminarios en aquellas regiones, para instruir y educar según la doctrina católica a la juventud oriental y así prepararla a la unión apetecida, salvo sus ritos aprobados por la Santa Sede.

Si se fundara la Obra universal de escuelas de Misiones, se daría un gran paso hacia la conversión del mundo pagano. También sería de utilidad incalculable para las Misiones una Obra para ayudar a la prensa católica en ellas, porque en la sociedad moderna la prensa es la palanca humana más poderosa que se ha inventado para conmover las masas populares y llevarlas a todas partes. No se han olvidado los Protestantes de este poderoso me-

dio de propaganda en las Misiones; antes, le han dado tan gran importancia, que actualmente gastan centenares de miles de dólares en estos trabajos de propaganda escritos en los países infieles.

La Asociación-Médica-Misionera que ahora se intenta fundar con anuencia de la Santa Sede, si se lleva a cabo, también será de grandísima influencia entre los infieles, para irlos atrayendo a escuchar al Misionero y sentir la caridad bienhechora de la Iglesia Católica.

Finalmente; ¿no sería convenientísimo establecer en las naciones católicas una Liga universal de la prensa misionera a fin de ayudarse mutuamente y unificar la acción propagandista a favor de las Misiones?

Plácenos cerrar este catecismo con los datos suministrados por el Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Burgos, Reverendísimo Sr. Dr. D. Juan Benlloch y Vivó, en su excelente Pastoral;

«Doscientas ochenta y una son entre generales y particulares las Revistas misioneras.» (1) «Las Asociaciones son 176;

(1) En España se publican las siguientes Revistas Misioneras: Las Misiones Católicas, El

93 de ellas deben su origen a seculares y a Sacerdotes seculares, y las 103 restantes son de origen religioso...»

... «Veinte de estas Asociaciones son de caracter misionero universal; 34 exclusivas para formar misioneros; 40 africanistas; 14 orientalistas; 11 favorecen a las colonias de los países Bajos; 9 estudian los indios y los negros norteamericanos; 6 se refieren a China; 5 tratan del Indostan y Sud-América; 3 fomentan las vocaciones misioneras; 2 activan la Misión de Japón; una es para formación de Escuelas Superiores, clero indígena y ciencias médico-misionales; 11 estimulan la cultura misional de académicos; 3 reúnen al clero en ligas sacerdotales para misiones; y 9 tiene por objeto la institución y formación misionera de los instituistas» (1).

Apostolado Franciscano, El Siglo de las Misiones, Misiones Dominicanas, Almas, Obra Máxima, China, los Anales de la Fé, los Anales de la Santa Infancia, El Eco de Africa y El Negrito.

(1) Carta Pastoral, pág. 205.

FIN

INDICE

	<u>Página.</u>
<i>Cap. 1.º—¿Qué son las Misiones? .</i>	3
<i>Cap. 2.º—De la formación del Misionero.....</i>	37
<i>Cap. 3.º—Oficio del Misionero....</i>	54
<i>Cap. 4.º—Obras necesarias o útiles en la Misión.....</i>	79
<i>Cap. 5.º—Medios para favorecer las Misiones.....</i>	90

ERRATA IMPORTANTE

Pag. 104. —Dice «número de católicos no llega aún tres millones.» Léase «trescientos millones.»